

## SECCION DOCTRINAL.

## EL CARNAVAL DE MADRID.

## EJEMPLO DE CARIDAD.

¡Qué bello día! ¡qué luz tan brillante! ¡qué azul de cielo español!... ¡Qué algazara por plazas, calles y paseos! ¡qué inquietud en los niños! ¡qué gracejo tan jugueton en los adultos! ¡qué movimiento, qué hilaridad general! ¡Madrid *se divierte!*... Pero, ¡qué! ¡¡Si Madrid se divierte todos los días!! ¡Si sus cafés, tabernas, paseos, circos, tertulias, teatros y bailes, no son sino la eterna conspiracion, la escuela eterna del *divertirse!* (con el tropiezo, por de contado, de dar frecuentemente con el hastío en lugar de la diversion). Otra cosa es lo que hoy hace Madrid; hoy Madrid... *enloquece.*

Estamos en domingo de Carnaval: 11 de febrero de 1877. Mañana, pasado mañana, y aún el *miércoles* (sin respetar el nombre de *Santo*, que lleva), serán iguales. Y como la locura tórnase insaciable é ingobernable, cuando se le suelta la rienda, todavía el próximo domingo de *quadragésima* se convertirá en Carnaval tambien, apodándole con el grotesco nombre de *Piñata*.

Mirad, mirad; ¡qué rio de gente baja á la Castellana y al Prado, por las anchas y hermosas calles de Alcalá y San Jerónimo! ¡que inacabable fila de coches! ¡cuántas cabalgaduras de diverso calibre y estampa!... Como las fuentes á los rios, como los rios al mar, así van á confluír los bulliciosos grupos, las familias *en pleno*, los vecinos *en comandita*, los matrimonios, los ancianos, los niños, las mamás, las criadas, las máscaras, las estudiantinas, los gobernantes, los gober-

nados, y sobre todo los *desgobernados*, á esas dos corrientes caudalosas y á ese mar de carne humana, que se reuné incessantemente con su inquieto oleaje, bajo los rayos de un sol, ya en España propiamente primaveral.

Pero, ¿qué hacen, y qué dicen, y á qué obedecen esas legiones de desbocados, que con varios disfraces de gusto decadente, promueven el alboroto y algazara de la fiesta?...

Tal pregunta me enderezaba yo á mí mismo, al cruzar á lo ancho la calle de Alcalá en las álgidas horas del domingo, en busca de un rincón tranquilo, y de un amigo discreto y afable, con quien pasarlas con ménos disipacion y aturdimiento. Y hube de expresarla con voz harto inteligible; porque en el acto mismo oí otra, que á mi oído respondía: «Hacen... *el oso*; dicen... *tonterías* y cosas *peores*; obedecen... á una mala costumbre *pagana*.»

Miré entónces á los vertiginosos remolinos de la gente; y al ver tanto salto y ademan grotesco, y escuchar tanto grito, aullido ó fingida carcajada, dije para mí: tiene razon; hacen *el oso*.

Miré al rostro de las doncellas, así de las modestas, que iban á pié, como de las ensalzadas en lujosas carrozas; y al verlos encendidos de rubor, exclamé en mis adentros; razon tiene; dicen *tonterías*, y muchas cosas *peores*, y esto al lado de las madres, en esta sazon criminales ó necias.

Miré á los senos y bajíos de la Historia; y al vislumbrar en ellos las *saturnales* y las *lupercales* de Roma, delicia y ruina del famoso imperio, añadí: tiene razon; obedecen á una escandalosa costumbre *pagana*; ¡ellos, que al fin, si se llaman algo, se llamarán *crístianos*!

Y, apartando ya la vista del fascinador espectáculo, y como me urgiese llegar á tiempo al término de mi interrumpida caminata, seguí adelante, sintiendo por fortuna en mi conciencia, así... como al unísono, un eco fiel y pertinaz de aquella triple respuesta, que á mi escapada pregunta habia dado la voz incógnita del transeunte; el cual eco de tanto en tanto repetía: «Hacen... *el oso*; dicen... *tonterías* y cosas *peores*; obedecen... á una costumbre *pagana*.»

Llegué á la tranquila casa de mi noble amigo. Hénos aquí

apartados del bullicio de Madrid, avasallador, contagioso en estos días.

—Le traigo á V. este dinero, que me han dado para que usted le agregue al fondo de esa buena obra, en que trabaja usted tanto.—Bien venido sea,—me contestó.—Y yo me doy á la vez la bienvenida, pues logro encontrar á V. en casa, lo cual dudé, por ser el día que es.—Está Vd. equivocado; conmigo no reza esta zambra. Envío á la familia á que se divierta, y yo le busco las vueltas á Madrid en tales días, y Madrid *no se divierte* conmigo, con perdon sea dicho de usted, si es aficionado á las máscaras.—Bien claro lo ve V., cuando vengo huyendo del bullicio, que en verdad, tiene á mis ojos algunos ribetes de estolidez.—Y también á los míos. Y vea V. por dónde me dan ganas, ya que ha venido, de llevarle á V. por los vericuetos que yo acostumbro á visitar en estos días; pero temo que le ha de ser á V. enojoso.—Lo que me enoja es lo que está V. diciendo. Vamos donde V. quiera: que en tan grata y honrada compañía, seguro estoy de no aburrirme, ni sufrir perjuicio.

Y cruzamos por Madrid hácia las calles del Barquillo, del Almirante, de Las Salesas, de Belén, de Fernando el Santo, y otras, yendo á parar á los barrios altos de Chamberí. Desde allí oíase á lo léjos, como el rumor de una catarata, el ruido múltiple y continuado de la agitada ola de carne humana, que el paseo de Recoletos y La Castellana henchía. A campo traves fuimos luego á dar con el mal llamado, y por escarnio sin duda, *Valle-hermoso*, lugar de fealdades, inmundicias y miserias.

Tales eran los estrambóticos vericuetos de mi amigo. ¡Silencio y soledad por ellos! ¡Tristeza y desamparo!... Los sanos y un tanto alegres, y bien ó mal comidos, habíanse marchado en busca de la algazara del día. Los enfermos, los dolientes, los desnudos y desvalidos, posaban tristemente sobre el banco de sus amarguras, abatidos y macilentos, junto al frío y tenebroso hogar, teatro permanente de sus angustias y privaciones. Y como á estos cabalmente era á los que buscaba mi amigo, fué su paseo no poco oportuno y provechoso.

Le vi llegar á una casa *de vecindad*, especie de cueva ahu-

mada, mugrienta y oscura, llena de hedór, falta de luz y ambiente, atestada de apiñadas familias, y repartida entre la planta baja y alta y buhardillas en veintisiete *sub-grutas*, en cada una de las cuales un jergon servia para padre y madre con los hijos pequeñuelos, y otro enfrente para los demas hijos mayores de ambos sexos, que hacinados así en inmunda confusion, aspiraban las corrompidas y corruptoras exhalaciones de la *suciedad* y la *inmoralidad*, las dos infecciones que vician y matan los cuerpos y las almas. Salíale al encuentro las madres ó hermanas mayores, cuyo rostro alumbraba de improviso un rayo de esperanza al verle, seguidas de la respectiva hambrienta prole como de un rumoroso enjambre; y con cierta respetuosa familiaridad, como quienes habíanle descubierto ya otras veces sus penurias y tribulaciones, mostrábanle en los brazos el nuevo hijuelo recién nacido, ó dábanle á entender con su presencia la proximidad de otro nacimiento, ó le llevaban á la cabecera del padre ó marido enfermo. Ninguna de tales postulaciones ó lamentos quedaba sin algun consuelo en breves, sencillas y eficaces palabras, al par que en no tan breves y no ménos eficaces limosnas. Segun las mayores necesidades era mayor el socorro, ó segun la ausencia de éste en visitas anteriores.

Le vi trepar por el talud de un desmonte de la carretera que pisábamos, llamarme con la siniestra mano, señalarme con el índice de la diestra los agujeros de una mal enjergada pared, tapados acá y allá con trapos y papeles viejos para dificultar un tanto la entrada del viento y el frio, abrir la única desvencijada puerta, y á la vez ventana, de aquel chiribitil hediondo y helado, y entrar conmigo, llamando por su nombre al único habitante de aquella especie de nicho, forjado en el rincon estrecho de una parcela de terreno, que habia quedado entre una vieja casa derribada á medias y la nueva calle ó carretera, abierta en las afueras de la parte Norte de la capital. ¡Qué habitante, Dios mio! Un anciano derrengado, epiléptico, tembloroso y balbuciente levantóse á duras penas, al reconocer á su bienhechor; y acercósele, arrastrando penosamente y de soslayo los piés, dando grandes vaivenes con el cuerpo y la cabeza, gesticulando con boca y ojos,

y procurando en vano articular con claridad el nombre, que entre confusas pero fervientes bendiciones salía de aquellos labios, entorpecidos por rebelde é incurable enfermedad. Púsole mi amigo la mano, primero en el bolsillo de la destrozada chupa, deslizado en él varias monedas como efectiva señal de socorro (que produjo lágrimas de gratitud en el mísero anciano), despues en el hombro, como señal de amistad, que le fortaleció y dió alientos; y salimos de aquel albergue, casi inverosímil de la extrema desventura.

Vile despues subir por la escalera de una casita suburbana de reciente y barata construccion, tocar una campanilla, salir á abrir la puerta de la habitacion la misma persona buscada, con limpia, si bien pobre, vestidura, y como de cincuenta á sesenta años de edad, y grave y modestamente, con maneras sobrias y distinguidas, claro vestigio de alta educacion, conducirnos por un corredor alumbrado, aunque estrecho, entrar por una alcoba exígua, en la cual un mezquino pero aseado lecho nos disputaba el paso, á una no más holgada salita, en la que habia un cofre, un armario, una mesita y una silla: ni más ni ménos, porque ni más ni ménos cabia. Sentámonos sin vacilar sobre el cofre, para dejarle la única silla; y entablóse un curioso, delicado y circunspecto diálogo entre el protector y el protegido, durante el cual yo escudriñaba con la vista la especie de santuario que en las paredes de la estrecha alcoba habia: un crucifijo, varios cuadritos piadosos y un rosario, á la cabecera de la cama, colocados con cuidado esmero; una virgen del Càrmen con las almas del Purgatorio, en el costado. El diálogo terminaba, cuando yo volví la vista despues de su escrutador paseo por la alcoba, y ví que su remate fué cambiar de mano á mano un recibo recién escrito sobre la pequeña mesa, que daba el protegido, por un puñado de grandes monedas de plata que daba el protector. Con esto, y en pié los tres (llenando el espacio de la salita que no ocupaban los cuatro muebles), con grande aplomo y sencillez en su apostura, con palabras ni procaces ni aturridas, brillando en todo la resignacion del que acepta su suerte, recomendó sus asuntos el socorrido al visitante, el cual le ofreció no olvidarlos; y fija en mi mente aquella figura de

caballero cristiano, que soportaba serenamente con tal sencillez y digna franqueza el triste papel de mendigo, en edad ya avanzada, salimos con paso lento, baja la vista y recogido el ánimo en la consideracion de esas tribus numerosas de penas y dolores, esparcidas por el mundo, que habitan y viven y mueren con la humanidad en los recónditos y multiplicados senos del infortunio. — ¡Hermano de un duque! — me dijo á media voz mi amigo, al salir.

Le ví, en fin, despues de atravesar con la luz postrera de la tarde el fúnebre y sucio *Valle*, apellidado por ludibrio *Hermoso*, pararse ante la puerta de un hogar, cubierto de luto por la reciente muerte de un padre de familia. La viuda y los huérfanos lloraron, al verle aparecer, con lágrimas de tristeza, y á la vez de ternura y gran consuelo, que sólo presta en la vida la amistad, don divino, en nobles pechos cultivada, para lenitivo y fortaleza en los males numerosos de la humana existencia.

Cuando desde los suburbanos confines del nuevo Madrid de la parte del Norte regresábamos á la capital entre la melancólica penumbra del último crepúsculo, mi amigo callaba, como embebido en la contemplacion de cuanto habíamos visto; y callaba yo, confuso y humillado por el *ejemplo de caridad* que admiraba y bendecía.

En mi mente moraban, como albergados con pertinacia, y á manera de huéspedes con derecho propio, aquellas familias oprimidas y apestadas en las *sub-grutas* de la cavernosa casa de vecindad; aquel *tembloso* anciano del rincon de la casa hundida junto á la carretera; aquel *caballero* mendigo, de resignado y digno aspecto y maneras distinguidas; aquella *viuda y huérfanos*, consolados en un dia en que no lo esperaban; y aquel *bienhechor discreto*, que tan sin ruido ni ostencion hacia en breves horas, por los demas á infecundo ó corruptor tumulto dedicadas, tanto *bien* á tantos menesterosos y desheredados de la fortuna.

Conmovidó, remordido y aleccionado, no levanté los ojos, ni abrí los labios, hasta llegar á una encrucijada, en la cual nos despedimos.

—Adios, dijo mi amigo, ¡ buen bromazo le he dado á V.!

—Adios, le respondí, muchas gracias por el sabrosísimo paseo, por la grata compañía y por la lección práctica del fácil modo de hacer mucho bien, muy sencilla y oportunamente.

Y me encaminé hácia mi casa. Habíase borrado por completo de mi memoria la fiesta de Carnaval, miéntas anduve acompañando á mi amigo en sus *buenos pasos*, aunque de mero é inmeritorio testigo; pero al punto mismo que me dejó, vino á mis mientes la idea de ella, refrescada por alguno que otro disfrazado transeunte, resto disperso de los agitadores del Prado, que, con muestras de fatiga, retirábase por un momento, para proseguir sus proezas en los bailes de la velada. Sin mirarlos siquiera, pasaban á mi lado.

Y yo, cada vez más cabizbajo y meditabundo, repetía: ¡qué ejemplo de caridad! Si algunos le imitásemos en estos y otros días, ¡cuánto y cuánto bien vendría á ponerse sobre el platillo de la derecha en la balanza, que constantemente pesa en silencio el valor de las acciones humanas, pendiente en el celeste espacio de la diestra mano del Angel de la Justicia!... Y... ¡qué contraste! Aquellos, hacen... *el oso*; dicen... *tonterías*; obran... como *paganos*. Mi amigo, hace... beneficios; dice... palabras de consuelo y de buen consejo á los muchos que los han menester; obra... como *cristiano*: entre aquella milicia bulliciosa de la disipacion y el vicio, y este soldado sereno y modesto del Evangelio, ¿quién vacilará para elegir?

C. M. PERIER.

## CONSIDERACIONES AGRONÓMICAS (1).

## EL IDEAL.

Los que viven apegados al sentido de la sociedad antigua, apenas pueden comprender las grandezas de la presente, y se esfuerzan por cerrar los ojos ante las enseñanzas que el vuelo portentoso de algunas ciencias arroja todos los días sobre la humanidad.

El espíritu de conquista, el afán de extender el dominio en vastas extensiones, inabarcables por la actividad de las gentes que las ganan, desfallece y muere ante el ideal de la época presente, que mira un progreso en la intensidad, y que, arrojando á un lado la movediza tienda de campaña, asienta en los valles y en las faldas de las montañas una morada permanente.

A la luz de la ciencia agraria, Alejandro es el bárbaro des poblador de la Grecia, y Napoleon, en los presentes tiempos, un enemigo de la civilización.

En cambio Pedro el Grande de Rusia es el hombre que vive con el grandioso espíritu de lo porvenir, convirtiendo un fétido pantano en una de las más hermosas ciudades del mundo, y terrenos yermos y pobres en campos pintados con las flores de la Palmira del Norte.

Las sociedades antiguas son sociedades guerreras que duermen abrazadas al envenenado dardo, á la aguda lanza y al puñal asesino.

---

(1) Pues que ha llegado un tiempo en que se trata de dar á la agricultura española el impulso que ha menester, recomendamos con la mayor complacencia á la atención de nuestros lectores el presente y anteriores trabajos de nuestro muy ilustrado amigo el Sr. García Maceira, en los cuales resplandecen, así el talento de investigación, como la erudición vasta y benéficas miras del autor. Tan útiles y al par agradables escritos procuraremos que sigan honrando las páginas de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

Las modernas sociedades han trocado los instrumentos del combate por la azada, el arado y la ahijada; han destruido el baluarte guerrero, y han cercado con sus piedras la viña, el corral ó el huerto. Las pasadas generaciones buscaban la guerra para vivir: las sociedades actuales buscan la paz para no perecer de hambre.

La agronomía agranda sus horizontes, y la sociedad, mirando en el trabajo de los campos el gérmen del verdadero progreso y de la gloria permanente, estrecha el ámbito del prédio, y busca en la labor sedentaria lo que una vida nómada y aventurera no puede dar jamás.

La idea agronómica es la idea regeneradora del mundo; la idea que lucha cuerpo á cuerpo con el mal, que no aumenta, sino que disminuye paulatinamente.

«Si nos remontamos á una época más lejana de nuestra historia, dice M. Thiers, hablando de su país, veremos esas hambres, que hicieron desaparecer generaciones enteras, por no haberse imaginado todavía los medios de compensar las malas cosechas con la variedad de los cultivos; veremos esas pestes que hicieron sucumbir á una quinta ó á una cuarta parte de la poblacion, como ahora sucede en el Oriente. La suciedad, la miseria, eran entónces los agentes activos de este azote. El mal, todavía muy grande, es ménos que hace treinta años.

»Al presente, prosigue M. Thiers, somos testigos de un cambio notable en el aspecto de los campos, donde la piedra ha reemplazado á la tierra, y las tejas á la retama de las techumbres.»

La sociedad que siente latir dentro de sí, con vigorosa pulsacion, la idea agraria, no se enriquece con el pillaje y el estrago de la guerrera conquista, ni duerme indolente cercada del usurpado botín, como los antiguos pueblos, presa de otros más fuertes y pobres, que aprovechaban el perezoso sopor de la molicie.

La idea agraria robustece al hombre: arroja de su alma la pereza: le decide á los rudos trabajos de la conquista pacífica: va acrecentando su caudal á través de las zonas que repuebla: va sacándolo triunfante de la ingratitud del clima, y lo hace

entrar en el anchuroso templo del progreso y de la opulencia, no como el soldado que invade y asola, sino como el que asegura y beneficia sus gloriosos trofeos.

Ahora bien: ¿en qué consisten esas poderosas ideas de la ciencia agraria, que, al encarnar en la sociedad, dejan en su seno la vida y la abundancia, en vez del exterminio, el dolor y la sangre? Máximas nacidas al calor de un trabajo honrado, Dios las bendice desde el cielo, coronando con eterna aureola de gloria la frente del modesto obrero que las realiza.

« El suelo lo engendra el trabajo; no hay nada estéril; la nación se ensancha sin mudar de fronteras; los pantanos, los montes, las lagunas, los abismos y las rocas son espacios robados á la actividad del hombre.

» El clima se modifica con el cultivo; las plagas las barre la prevision y el trabajo; la naturaleza debe ser esclavizada; no es preciso conquistar pueblos y regiones alejadas; hay, sí, que reducir á dominio humano la atmósfera, las aguas y la vida toda de los séres.»

Y al eco de estas palabras, que resuenan por todos los ámbitos de la tierra, un soplo de nueva vida levanta del sueño del atraso á los pueblos, cambia sus ideas, rompe sus armas de guerra y las enseñas de un envilecimiento. Y la Holanda, informada en el ideal agrario, levanta diques y compuertas; y el Egipto encauza el Nilo; y el labriego europeo roba cada día una peonada de tierra al mar, y lleva un pedazo de pan á la boca de sus hijos, ántes revuelto y perdido en el rápido torbellino de la verdosa y rugiente ola. Y los suizos cuidan sus bosques para no perder su libertad y su patria; y el trabajo forestal escala las altas cimas; y llevan dóciles los ríos las maderas cortadas en la selva; y la caravana abre un hoyo en la arena del desierto, y planta un árbol, y detiene la movediza capa vegetal, y atrae el agua, y crea un oasis, y el viento pasa por él, más tarde, murmurador é impotente.

Más si la ciencia agraria hace esto del suelo y de la vida vegetal, no hace ménos con los animales todos, robando un día y otro día, átomos de su bravura, para aportarlos al fecundo taller de la domesticidad.

« Los séres todos son unos auxiliares del hombre, y todos

deben llevar su contingente, su vida y su fuerza al gran monumento de la civilización.»

Tal dice la Agronomía, y al grito de este precepto los animales salvajes se agrupan en torno de la casa de labor, y se conciertan y enlazan en un fin útil y en relación con el cultivo mismo. El hombre de campo amansa el toro y lo somete al yugo. El circo se derrumba, y se alza en su misma planta la casa rústica. La cría caballar crea especies de tiro, de silla y de carga; las castas se diversifican en proporción de las necesidades, y los tipos naturales se someten á las exigencias de la vida.

Los insectos, las aves, los mamíferos útiles, se crían y se propagan, conociendo á su señor el hombre; la vida es un concierto ordenado de fuerzas, y la tierra, desde las honduras de los precipicios hasta la cresta de las montañas, taller bendito del trabajo.

Así viene á ser la idea agraria como la síntesis de la civilización toda, convirtiendo la naturaleza en pechera de su voluntad, esenciándola á su imperio, y conquistándola palmo á palmo.

Rudos y trabajosos combates cuestan las dunas, los eriales y las estepas; grandes sacrificios se impone el labrador para desbravar la vida animal y vegetal; grandes congojas representan esas conquistas pacíficas, pero ellas son las verdaderas conquistas, las duraderas, las que honran á la humanidad, las dignas conquistas de la civilización.

#### LA REALIDAD.

¡Cuán alejado del ideal que acabamos de bosquejar el cultivo patrio! Aunque triste sea bajar desde las esferas de *lo que debe ser* hasta la desconsoladora realidad, sin duda es conveniente y preciso para medir bien cuánto es lo que nos separa de un período de cultura rural.

España es un país pobre, digan lo que quieran algunos escritores, más apasionados que veraces. Y es pobre España, muy principalmente, porque las fuerzas naturales, divorciadas del poder del hombre, luchan día y noche con la produc-

cion, llevando al abismo de lo infecundo riquísimos y cuantiosos elementos. La vegetacion de la Península es riquísima, pero mal distribuida. Su aspecto botánico condensa las tintas y formas de casi todo el hemisferio septentrional, pero las condensa confusamente y en grupos alejados por inmensos páramos y desvestidas estepas, por altísimas masas de granito y por calvas y lavadas pizarras y calizas, sujetas al trabajo de descomposicion de los agentes externos y al minar continuo de torrentes, arroyadas y aguaceros impetuosos.

Entre las umbrías del Pirineo hay solanas estériles y desarboladas que siguen y se extienden hasta el Pirineo occidental y cordillera astúrica, usurpando los tejos y mostajos, en los referidos macizos; zonas amplísimas al cultivo permanente de la patata, del centeno, de la avena, y de los valiosos montes de coníferos.

Más allá de 2.000 metros en estos elevados contrafuertes viven los céspedes, entre los vegetales, y resuena tan sólo el bronco é imponente son de los aludes.

Jaras improductivas cubren la vieja Sierra-Morena, y la invasora especie va desalojando ya á la sombría y útil encina, manto dominante, en otro tiempo, de los famosos montes de Toledo.

Diez mil hectáreas de rasos esterilizan la produccion leñosa de Nuestra Señora de Guadarrama, desde su extremo N. E. al pinar de Navafria, y grandes extensiones del referido contrafuerte las cubren el piorno, el jabino y el helecho.

La tea y el hacha recorren esa sierra, haciendo desaparecer de ella muchos vegetales directamente, indirectamente otros, que se secan y pierden, faltos de humus, de sombra, y lavados y contrariados á cada instante por el caudal de los torrentes.

En el corazon de Castilla la Nueva una grandísima estepa, la del Tajo, de 1.800 kilómetros cuadrados, roba suelo y productos á la agricultura nacional, afeando el territorio con barrancos y colinas áridas, y margas y arcillas capaces de sustentar ricos viñedos y olivares.

Sólo un cultivo, desamparado de arbolado, pero rico, se reconcentra fecundo en Zamora, Palencia, Valladolid, Leon

y Salamanca, la tradicional tierra de barros, manchada también á trechos por terrenos improductivos.

El pino es el manto, casi exclusivo, en la primavera de la pobre Señora de Gredos, y la estepa ibérica mide 170 kilómetros de largo, verdadero desierto, fuera de la vega aragonesa.

Por último, una zona mísera corona todas las montañas españolas á 1.700 metros, llena de peñascos, de cauchales y de lugares improductivos.

Y á este cuadro de miseria y abandono aún lo afean las marismas del Guadalquivir, y las mesetas estériles de la provincia de Murcia, y la estepa bética, gran desierto fuera del ameno valle del Genil, y las cercanías de Jaen, llenas de yesos, de margas y calizas, abrasadas en el verano, miserables hasta de matojos, y abandonadas por los pájaros.

¡Qué dolor en las denodadas montañas de Lérida! ¡Qué triste el contemplar las arenas procedentes del Golfo de Rosas (Gerona), marchando cinco metros por año, y amenazando cegar, con el tiempo, el Ter, que riega con sus aguas los cultivos de Gualta y Pals!

#### LA DOMESTICIDAD.

Esos claros y eriales que afean la Península; esos inmensos páramos y estepas, donde el cultivo agrario no gravitó aún con la fuerza de su poder y la formidable palanca de sus principios, revelan un divorcio del suelo y del hombre, y una invasora espontaneidad en la vida animal y vegetal.

El estado de los campos españoles acusa visiblemente el desequilibrio de la vida animal, y el *no hacer* perezoso del labrador, que aún no abarca todos los elementos de fertilidad, ni los concierta en círculo armónico y fecundo.

El progreso agrícola roba la bravura de las selvas, y la esterilidad de los campos, y la fiereza de los animales; pero en España la labor descuida el terruño, y deja en la soledad de los desiertos alpinos seres utilísimos, reclamados por los preciosos intereses de la tierra.

Esos prados del Jarama y del Tajo, donde se solaza la ganadería brava, son baluartes en que se defienden los vergon-

zozos dejos de aquella vida rural de la Edad media, sostenedora de un trabajo extenso, sin lazos con el pueblo, atento al gobierno de los ganados, y que mantiene errante una numerosa poblacion, ó agazapado al amparo del chozo, al calor de la hoguera ó á la defensa de los árboles y ribazos durante los crudos temporales. El toro, máquina preciosa que lleva en sí la fertilidad para la tierra y el vigor, siempre inquebrantable, para el trabajo, es un elemento robado por el atraso á nuestro cultivo, y su ferocidad constituye el signo más vergonzoso de la agricultura española.

El dia en que la labor progrese, el circo caerá piedra sobre piedra, y esos espectáculos inhumanos y sangrientos dejarán el sitio á los certámenes de productos, á la lucha de los principios y á la propaganda de los métodos. Sí; hay corridas de toros porque no hay agricultura ilustrada. Hay síntomas de barbarie, porque no alumbra en nuestros campos la aurora de un cultivo reparador y sedentario. Cuando se levante en nuestros campos la verdadera casa de labor, todos los séres vivirán en domesticidad. El toro no pastará ese venturoso dia en las agrestes soledades del bosque, ni permanecerá en la ferocidad del aislamiento; será, sí, una de las columnas más robustas del cultivo, y un amigable compañero del caballo, de la oveja, de la cabra y del hombre mismo, que trocará en fuerza útil para la tierra un vigor superfluo, que se apaga hoy sobre la removida arena del circo.

Así se manifiesta la civilizacion y la cultura en sus variados y complejos órdenes: ahondando en la tierra, para sacar de sus entrañas los materiales que deben constituir la vivienda; amansando las bestias, sometiénolas á la pena del trabajo; robando un dia y otro dia átomos de bravura á la naturaleza; vistiendo y poblando las medrosas soledades del desierto, y haciendo del universo entero un solo esfuerzo encaminado á la perfeccion, que Dios alienta y bendice. ¿No es un desconuelo mirar la cabra, providencia de la casa del pobre, sostén firmísimo del prédio rústico, salvaje y arisca en los peñascales de Gredos, alzados en el corazon de España? ¿No es un dolor mirar un animal tan útil, perdido en las soledades de la region alpina, huir á la vista del hombre, salvando rápido

las honduras del precipicio, en vez de dócil y sumiso, pastar al amparo de los vallados y cercas, lamiendo, al declinar de la tarde, la mano del niño, que lo aguarda á la puerta de la alquería con un puñado de sal? Y hay más: nuestros animales de labor acusan el atraso de la agricultura. La mula ¿qué es más que un síntoma innegable del atraso de la industria pecuaria, entre nosotros?

La mula es un acusador de nuestro atraso rural, y la prueba más patente de que nuestro labriego tiene propension irresistible á arar de prisa, aunque para ello sea preciso arar mal y someramente.

Entre todas las naciones de Europa, España sola se distingue por su afición al ganado mular, emblema de la esterilidad. Y esta afición es moderna. Empieza con la expulsión de los moros y la falta de brazos.

Nuestra Edad media, con admirable prevision, en este punto, rechaza la mula. Alfonso XI, D. Pedro de Aragón, don Enrique II de Castilla, Isabel I, y hasta Felipe II, prohíben en sus Estados la mula, fomentando de esta suerte la cría caballar.

Era menester que languideciese el cultivo patrio; que aquellos laboriosos moriscos dejasen llorosos nuestros campos; era necesario que las emigraciones á América segasen en flor tanta vida y tanta actividad como afluyó de la Península á aquellas apartadas y vírgenes tierras, para que el ganado mular volviese á nuestros campos, y le ligara con él á nuestras faenas, y el rápido revolver de la tierra á nuestros prédios—antes hondamente reparados por el lento y enérgico paso del ganado vacuno.

Animal, la mula, refractario á la domesticidad, indócil y falso, la dureza de su organismo lo somete á la labor, porque la ciencia no ha creado todavía entre nosotros una raza caballar en consonancia con las exigencias del tiro. Y sin embargo, el hombre puede moldear maravillosamente las especies, y las plega y las modifica bellamente en consonancia con las necesidades.

La agricultura diestra, para cada faena crea un obrero á propósito.

Nervudos y robustos tipos para el arrastre de considerables pesos; finos y atildados animales para el lujo y la ostentacion; ágiles y delgados individuos para el salto y la carrera; duros y férreos, como el volante de nuestras máquinas, para el trabajo de la industria; intrépido para cruzar los abismos; sóbrios, en fin, para recorrer y difundir por los desiertos y lugares áridos la luz de la civilizacion y de la vida.

La domesticidad, la creacion de tipos nuevos, el labrar incesante en la especie zoológica, el progreso de la serie animal, al compás del progreso de la labranza, y la extincion total de la bravura, hechos son anejos á una agricultura floreciente y á la realizacion de los buenos principios agronómicos.

¡ Cuánto falta á España en este terreno !

#### EL EQUILIBRIO NATURAL.

Desde que los trabajos sobre *el parasitismo animal* se desarrollieron maravillosamente dentro del terreno de la zoolo-  
gía, se ensancharon los dominios de la ciencia de los insectos, y la razon de las plagas se conoció á punto fijo.

Mucho tiempo creyeron los naturalistas que eran las plagas de insectos hechos ligados á la Patología vegetal, y efectos, no más, de desórdenes en la manera de vivir de las plantas. Cuidense los vegetales, decian los entomólogos del pasado siglo, déseles vida robusta, y no se tema que densísimas nubes de animales dañinos se fijen sobre los campos y asolen y destruyan sus más preciosos productos.

Pero ante el progreso científico, esta asercion pasó al panteon de los absurdos, y el principio de la armonía natural se alzó pujante sobre los restos de una observacion equivocada.

Debe haber una proporcion entre los bosques y los campos, debe existir un equilibrio estable entre las montañas y los valles, jamás roto por funestas intrusiones, por espíritu de conquista, ni por la ambicion destemplada del momento. Si algunos seres viven de plantas, otros comen animales, y esta lucha es la vida de la agricultura y el alma del cultivo forestal.

La tala de un monte aleja de una comarca cientos de pájaros insectívoros, que anidan entre las ramas de los árboles, y miles de mamíferos agazapados en la maraña del monte bajo. Cada culebra que aplasta el labrador, representa millones de animales dañosos, libres de persecucion, y empleados, durante todo el ciclo de su existencia, en mermar y perder los productos de la tierra. ¿Cómo, pues, mirar, sin ser fanático y lerdo, hechos sobrenaturales en las plagas de langosta? ¿Cómo estimar esas calamidades que pesan sobre el cultivo patrio, como castigos del cielo, y pruebas irrecusables y evidentes de nuestros muchos pecados? Hechos son, por el contrario, hijos del atraso del labrador, y expiación lógica de sus errores y desaciertos, de su desidia y de su exagerado afan por apegar-se á preocupaciones torpes.

Nadie respeta los árboles en Castilla: todo el mundo los mira y considera como semilleros de pájaros; y es muy natural que al faltar ese semillero de cantores que mantenía el vegetal entre su copa, los insectos, sin persecucion, se desenvuelvan de una manera imponente. ¡Cuántos y cuántos insectos comen al día un pico ó un verderon! ¡Cuántas larvas destruye una oropéndola, y cuántas devora un cuclillo!

En todos los lugares de Castilla, sin embargo, falanges de chiquillos se emplean, de sol á sol, en destrozár nidos y en coger y matar pajarillos. Calcúlese el sinnúmero de aves que los montaraces, esclavos de la escopeta, alejan diariamente del prédio que vigilan, y es fácil que el aterrador guarismo explique las desgracias presentes de nuestra agricultura.

¿Cómo querer concluir con la langosta, con la *lagarta* ni con la *parpaja*, en Castilla, sin barrer los errores que los dan vida? ¿Quién puede acabar con esos gérmenes, más que el sabio poder de la misma naturaleza? Legislar sobre las aves, recoger tantas escopetas consagradas á arruinar el cultivo, dictar disposiciones fuertes, encaminadas á reprimir los abusos de la tala y la guerra á muerte á los árboles; mantener, en fin, una estrecha alianza entre las montañas y los valles, arrojando al abismo el hacha del matutero, disposiciones con capaces de poner término á ese espantoso desórden de nuestra

vida rural. Así se matan los insectos dañosos; así alienta el cultivo; sólo así se cura el mal radicalmente.

¡Qué otro fuera nuestro estado sin preocupaciones funestas!

Sostenido por un cultivo emprendedor y asiduo el arbolado silvestre; cubierto el suelo de plantas; templado el ardor del suelo con la protectora sombra, miles de seres útiles alegrarían la espesura de las selvas, viviendo en ellas para perseguir, en sus constantes emigraciones al llano, los animales de régimen vegetal. Por otra parte, restablecido el equilibrio natural, el parasitismo volvería en defensa de la labranza, enseñoreándose de las especies dañosas, sin dejarlas tiempo para destruir la producción.

Cada sér tiene otro que vive á sus expensas y que detiene su desarrollo dentro de armónicos límites; dentro de cada larva de un animal fitófago, la naturaleza coloca el huevo de otro animal zoófago.

Y al mirar este equilibrio de la vida, y al ver este concierto admirable de los seres, y al sentir esta unísona palpitation de todo lo que alienta, y esta lógica sublime del mundo, sin duda el pensamiento del hombre comprende la necesidad de informar la existencia toda en las eternas y sábias leyes de la naturaleza.

¿Qué son, pues, las plagas de insectos? ¿qué representan? La falta de lucha en los campos y bosques. ¿Qué acusa la permanencia de esas calamidades en nuestro suelo? La indiferencia por el restablecimiento de una armonía natural, que así marca el curso de los astros como el sublime concierto entre los elementos de la vida animal y vegetal. Si Alejandro, si aquel coloso de la guerra, del que cuenta la Historia que corrió hasta el origen del Indo, abandonando sus tropas, deseoso por ver aquel natural prodigio; si aquel hombre de genio hubiera reconocido el admirable equilibrio de la vida, hubiera exclamado, con más razón que entónces, á la orilla del mar Erythreo: « Señor, soy muy pequeño, y he engañado al mundo haciéndome considerar como un Dios. »

Todo es número, en efecto; relacion, armonía y concierto en la naturaleza, revelacion de una causa llena de inteligencia, que obra universal y eternamente.

Sintiendo la eterna presencia de Dios en el fenómeno natural más insignificante; reconociendo en los desórdenes de la vida, sabiamente repartida, la torpe huella del hombre, y su divorcio reprobable de las leyes que rigen la naturaleza, es cómo comprendemos aquellas profundas palabras de Leibnitz: «La metafísica, la geometría y la moral están en todas partes.»

#### LOS DESECAMIENTOS.

Esos terrenos bañados por los ríos, esos sitios hundidos, con respecto al nivel de los mares, esos valles anegados por manantiales, son centros de infección y pudridero de las plantas, que no resisten al constante y enérgico trabajo de reblandecimiento del agua, ni al frío intenso á que la evaporación capilar somete á raíces, tallos, hojas, flores y frutos.

El desecamiento es uno de los signos del cultivo intenso; es una de las mayores y más provechosas conquistas de la ciencia agraria. Si la maleza, el erial y los peñascos roban espacio á los cultivos, róbalos también el agua, esterilizando la tierra, haciendo inútil el trabajo de las máquinas, y preparando á las plantas un lecho barroso é incapaz de suministrar útiles elementos fertilizantes.

Este siglo ha hecho en los trabajos de desecamiento verdaderas proezas; pero, entre todas las naciones, sin duda la Holanda es la primera, la verdaderamente clásica en este orden de los hechos agronómicos.

En 1844 ya existían en Holanda para el trabajo de desecamiento 2.445 molinos de viento. Y como si esto no bastase, los agrónomos holandeses no cejan ni desmayan, ni sufren desalientos; pues en 1852 realizase una obra en extremo digna de admiración; el desecamiento del lago de Harlem. Gran esfuerzo, por cierto, de nuestro siglo; gran timbre de gloria para la agricultura moderna, pues el lago de Harlem media en 1841 una extensión de 14.000 hectáreas.

Si se tiene en cuenta que esta superficie líquida, enclavada en el centro del país holandés, media en el siglo xvi tan sólo 4.000 hectáreas, fácil es comprender que el lago de Harlem era un verdadero monstruo llamado á devorar la agricultura,

si la ciencia y el trabajo no hubieran arrancado á la infecundidad y á la ruina la parte más fértil y abundosa del territorio, y la más á propósito, por lo mismo, para el desenvolvimiento de la primera de las industrias.

Hoy, el agua del lago, consistente en 700 millones de metros cúbicos, ha tornado al mar, y la ciencia ha vencido á la naturaleza misma.

Y no es ménos digno de ser nombrado el desecamiento del lago de Zuid-Plas. Si el lago de Harlem es modelo de desecamientos gigantescos, Zuid-Plas es ejemplo de dificultad, pues el agua, efecto de su profundidad, ha sido elevada á más de seis metros.

El Zuid-Plas, como todos los lagos desecados en Holanda, está rodeado de un canal de circunvalacion, y la agricultura vive ya en su lecho, invadiendo la colza y afirmando y consolidando con sus raíces el fondo del lago, superficie de 4.600 hectáreas, que ha aumentado el territorio holandés, acreciendo la riqueza de un país combatiente rudo y vencedor de la naturaleza.

Tres millones ha costado la obra de Zuid-Plas. ¡Tres millones que, en dos años, habrán reintegrado las cosechas obtenidas en el territorio desecado!

Inglaterra ha libertado tambien de la accion esterilizadora de las aguas una superficie marjalosa de 34.458 hectáreas. En veinte años, el país británico ha reemplazado 500 molinos de viento por poderosas máquinas de vapor de 10 á 80 caballos.

Los pantanos desaparecen ante el trabajo de la industria, é Inglaterra, como Holanda, muestran ahora gran parte de su territorio redimido al invasor y lento circular de las aguas, presentando á las naciones rezagadas en el camino del progreso agrícola, grandes deberes que cumplir y altos ejemplos para realizar.

Francia, agitada por violentas revoluciones, tampoco descuidó, sin embargo, los trabajos de desecamiento. En 1803 se termina la desecacion de los alrededores de Dunkerque, que representan una extension de 3.000 hectáreas; un canal circular cierra el terreno pantanoso y canales perpendiculares conducen el agua á diferentes puntos de la circunferencia,

para dar movimiento á ocho molinos. Los canales secundarios de desecamiento tienen un metro de ancho, y la seccion de los principales aumenta á la proximidad de los molinos.

Sólo España, nuestra desgraciada España, mantiene aún su suelo en muchos puntos anegado é infecundizado por corrientes constantes ó por caudales temporales, que hacen imposible el cultivo y esterilizan los afanes del labrador, preso de mortal angustia y prematuramente arrancado á la vida por enfermedades que nacen del mismo estado del suelo.

Los trabajos de desecacion son un signo de progreso rural. ¡Ojalá que pronto los desenvuelva entre nosotros una agricultura activa y diestra!

ANTONIO GARCÍA MACEIRA.

---

## MEMORIA CONTRA LAS CORRIDAS DE TOROS. (1)

---

### I.

*Gutta cavat lapidem.*

El hombre ha salido de las manos del Creador con todas las condiciones morales para perfeccionarse, ilustrando su razon, venciendo sus malos instintos y bajas pasiones.

Pero si en el órden científico el perfeccionamiento es difícil, hasta el punto de que después de tantos siglos de incesantes investigaciones, tropezamos á cada paso con problemas insolubles, no lo es ménos en las costumbres de los pueblos.

Y es que éstas despiertan nuestras inclinaciones desde la niñez, estimulan nuestros apetitos y nuestros deseos; se apoderan de nuestros sentimientos, los modifican; de nuestra voluntad, la subyugan; é imponiéndose con harta frecuencia al filósofo, al estadista, al ju-

---

(1) Premiada con el primer accésit en el concurso promovido por la Sra. Viuda de Daniel Dollfus y celebrado por la Sociedad Protectora de los animales y las plantas, de Cádiz, en 26 de Diciembre de 1875.

En el cuaderno núm. 145 del día 1.º de Octubre de 1876 publicamos la del señor Guerola, que también fué premiada.

risconsulto, forman, como suele decirse, el organismo moral de los pueblos.

Y es tan poderosa la influencia que ejercen las costumbres en el corazón del hombre, que la sociedad tiene laureles para el poeta que exalta sus pasiones, que canta sus delirios, y para el héroe que derrama sangre inocente en fratricidas luchas; mas ¡ay! para el hombre severo y pensador, que, sobreponiéndose á las preocupaciones y malas costumbres de su época, las censura y anatematiza, sólo tiene la palma del martirio.

Únicamente así se comprende que áun cuando la humanidad, de etapa en etapa, haciendo altos, retrocediendo á veces, cumpla con la ley providencial del progreso, ley encarnada en su naturaleza y en su conciencia, conserven los pueblos al través de los siglos algunas de sus más profundamente arraigadas costumbres, si bien éstas se modifican y es de esperar que se transformen y desaparezcan al fin, para dar lugar á otras más en armonía con nuevos sentimientos, formados al calor de una civilización esplendorosa, cuyos límites en el progreso humano no nos es dable columbrar.

Tal acontece en nuestro país con la tradicional y bárbara costumbre de lidiar reses bravas en espectáculos públicos.

Estas fiestas que las tomaron los Romanos de los Griegos reinando Tarquino el Soberbio y las introdujeron en España, han excitado, con raras excepciones, el entusiasmo de los monarcas y particularmente de la nobleza. El pueblo ha venido también sintiendo frenética afición á esa clase de espectáculos, donde corre la sangre, donde se despiertan los feroces instintos, donde se sacrifica al oro el lidiador mercenario y donde es inmolado el caballo, compañero del hombre en su triste peregrinación por la tierra, y el toro, animal vigoroso que podría ser utilísimo en la propagación de su irremplazable especie, si es que modificándole una parte de su organismo no se inclinara humilde en el arado y ayudara al labrador en las faenas agrícolas.

No han faltado oradores sagrados, ni escritores notables que hayan clamado contra tan perniciosa costumbre. ¡Estériles esfuerzos! ¡Inútiles sacrificios!

Los pueblos han seguido pidiendo reses bravas para celebrar sus fiestas religiosas, sus triunfos guerreros y regocijos públicos, y hasta han menospreciado las leyes que se han opuesto á esos espectáculos, no titubeando en desairar los deseos de Isabel la Católica, la más augusta de las reinas, y los mandatos de Carlos III, el más magnánimo de los monarcas.

Nos proponemos en esta MEMORIA, no sólo combatir las corridas de reses bravas considerándolas bajo los puntos de vista económico, religioso, moral, higiénico, político y social, sino proponer los medios que podrian emplearse para ir extinguiendo la afición de nuestro pueblo á esos espectáculos, que tanto afectan á su educacion, á sus sentimientos é inclinaciones.

## II.

Las corridas de toros representan anualmente un gasto de 40 ó 50 millones de reales. Hay que agregar ademas los extraordinarios que motivan, como son: transportes, comidas, libaciones alcohólicas, etc.

La mayor parte de esas cantidades, puede decirse que pasan á manos puramente consumidoras, que favorecen la disipacion y el vicio.

Y lo más sensible es, que sumas tan considerables salen principalmente del bolsillo de los jornaleros, los cuales gastan en unas pocas horas de delirio los salarios de una semana.

Pero no es sólo el perjuicio en la mala inversion de los jornales, sino que con mucha frecuencia, para asistir el trabajador á una corrida que dista 30 ó 40 kilómetros de su residencia, abandona el taller, el arado, dejando un vacío en la produccion nacional, y lo que es más triste, que suele empeñar para tales espectáculos hasta los utensilios más indispensables, si es que no los vende, realizándose, en este caso, la sentencia económica de que *el que compra lo superfluo, concluye por vender lo necesario*.

Cuando tantos esfuerzos hacen en nuestro país los moralistas para que prevalezca en las clases jornaleras el amor al trabajo, á la economía, al ahorro, bases fundamentales del bienestar social; cuando dos corrientes de emigraciones, la una á America, la otra á Argelia, acusan la escasez de jornales en determinadas provincias de España, ¿no es doloroso ver que, por medio de esos espectáculos, se desvia al jornalero del trabajo y se fomenta el despifarro y la disipacion?

Y por otra parte, ¿no es tambien doloroso ver que cuando existen terrenos baldíos en el interior de España y extensas marismas en las costas que, mediante algunos capitales, podrian aquellos convertirse en magníficos bosques y éstas en ricos viveros que desarrollarían la piscicultura en nuestro país, no es doloroso, repetimos, ver que cuando no se explotan, por falta de capitales, cuencas carboníferas ni los criaderos de hierro cuyos productos se elevarian en po-

cos años á más de 200 millones, que se distribuirían entre millares de familias, se hayan gastado sólo en la construcción de la plaza de toros de Madrid, once millones?

Y no es sólo el despilfarro de los salarios, la pérdida de tiempo y los capitales invertidos en contrucciones que ni desarrollan elemento alguno de riqueza, ni elevan el espíritu por la contemplación de las creaciones del arte, sino que en esos espectáculos sufren muerte prematura toros que deberían ser magníficos sementales y caballos que deberían prestar servicios utilísimos á la Agricultura y á la Industria.

No hay compensación, digan lo que quieran los *taurómacos*, bajo el punto de vista económico, en la muerte de un caballo por los 400 ó 500 reales que obtiene el dueño que desapiadadamente lo entrega al especulador para que éste lo inmole en el redondel de una plaza.

Y por otra parte, no es exacto, como sostienen los partidarios de esas que titulan pomposamente *brillantes fiestas nacionales*, que produzcan grandes beneficios á la riqueza pública por el encadenamiento de las industrias, las cuales, particularmente la Agricultura, suponen que reciben poderoso impulso de semejantes fiestas.

«Las reses bravas, y reproducimos las juiciosas reflexiones del señor Thuillier, alcanzan un valor subido: lo sé y lo saben conmigo todos los españoles que comen malas carnes, que pagan caras, gracias á que dehesas riquísimas y que podrían alimentar gran número de cabezas, son destinadas á un pequeño número de toros que han de criarse en condiciones particulares para que sean feroces en la lidia y maten muchos caballos. Nadie puede desconocer la utilidad de las dehesas destinadas á pastos; pero no se trata de eso; pues es el caso que aquí, en nuestra hermosa Andalucía, se crían pocos toros bravos donde podrían hallar abundante pasto muchas vacas y bueyes, que son destinados á otras más pobres dehesas, porque sus carnes no darán un valor tan alto como dará el toro de casta. Para los españoles vale más tener toros hermosos que ver lidiar, que reses sanas y gordas que destinar á su alimento: tal, al ménos, se debe comprender y áun deducir de la marcha generalmente seguida. El placer bárbaro y cruel vale más, por desgracia, que la buena alimentación.»

Y finalmente, ¿cuánto más beneficioso sería para la Agricultura, para la riqueza en general, que se desarrollara la cría del ganado vacuno y que además de utilizar las carnes para el alimento, aprovecharán los industriales ó los mismos ganaderos la leche para la

fabricacion, en vasta escala, de la manteca y el queso, ramos de riqueza tan productivos en otras naciones, y que en nuestro país acusan el deplorable estado de nuestras ganaderías?

### III.

Y si las corridas de toros se celebran, como sucede generalmente, en días festivos, se falta paladinamente á nuestra Santa Religión.

En los primeros tiempos del Cristianismo, nos relata el ilustrado García Marzo «se recogian las limosnas que cada uno habia preparado en la semana, y se repartian por los diáconos á los huérfanos, viudas y demas necesitados; se visitaba y socorría á los enfermos y encarcelados.»

¿Cómo se celebran en una corrida de toros?

Abandonando el hogar ó el templo, corriendo desalados como impelidos por una fuerza irresistible, al sitio donde está preparada la asistencia médica y en algunos casos hasta la Extrema-Uncion, para auxiliar á los moribundos que pueden resultar de esa diversion... ¡Una diversion! ¡Donde el público se exalta y se pierde toda idea de conmiseracion, todo sentimiento de ternura y hasta de decoro!

«¡Qué brutalidad! exclama con indignacion el autor ántes citado, ¡querer agradar al Dios de la mansedumbre con la barbarie de una corrida de toros! ¡Con un espectáculo en que se despedaza la carne viva de unos animales inocentes y se hace saltar á borbotones la sangre por todas partes y se les ve correr y bramar lastimosamente cargados de hierro! ¡Con un espectáculo en que se ve muchas veces mezclada la sangre de los hombres con la de los toros!»

¡Repugnante y horrible espectáculo! Siempre estará fijo en nuestra memoria.

Era la tarde de un Domingo del mes de Agosto...

El sol abrasaba.

Seguimos la corriente de la multitud, envueltos en una nube de polvo: entramos en la plaza de toros de Barcelona. ¡Qué perspectiva tan brillante y animada!

Habia allí algo de los espectáculos grandiosos de que nos habla Tácito.

Algunas hermosas damas de la aristocracia ostentaban sus ricos y vistosos trajes en los palcos, realizando con sus gracias tan magnífico diorama.

¡Ah! parece increíble que esas hadas de los palacios, soles del gran mundo, halagadas desde la niñez por la fortuna, mimadas por

el amor, que tiene siempre para ellas dulces acentos de ternura; cuyos sensibles nervios han sido comparados (1) á una red de hilos eléctricos, tras cuya piel diáfana y suave, tras cuyos tejidos blandos late un alma también blanda, ondulante como las líneas redondas de su cuerpo, animen con su sonrisa hechicera y su mirada de ángel escenas de escándalo y de sangre, verdadera síntesis de la barbarie de un pueblo.

La música tocaba aires nacionales, cuyos acordes se confundían con miles de voces enronquecidas.

La primera autoridad civil de la provincia presidía y algunos de sus agentes pugnaban por contener las reyertas que de vez en cuando se promovían en los tendidos.

Hecha la señal y al compás de la música, sale, al fin, la cuadrilla. Dos diestros lucen ufanos sus trajes de oro y seda.

Colocados todos convenientemente, suena el clarín y vemos, con viva emoción, aparecer en el redondel un hermosísimo toro negro de potentes y afiladas astas.

Después de algunas carreras de los *chulos* se lanza colérico el toro contra un caballo. El picador lo recibe con la *vara*; la fiera retrocede y embiste nuevamente con mayor coraje, produciendo un indescriptible entusiasmo en los tendidos.

El caballo cae horriblemente herido, derribando al picador.

Ya corre la sangre en abundancia. La ébria multitud se electriza.

El toro embravecido derriba otro caballo, y otro, y otro...

El público pide caballos, delirante de gozo y entusiasmo.

Los banderilleros clavan acerados rehiletes en la fiera, que corre de un lado á otro del redondel despedazada, chorreando sangre y lanzando mugidos de dolor y de rabia.

Pero cuando los instintos sanguinarios se exaltan y manifiestan de una manera indecible, es cuando tocan á muerte.

Uno de los diestros toma la espada y la muleta, y comienza la lucha entre el hombre y el bruto.

De súbito el diestro retrocede desconcertado y confuso. Le tiembla la mano que empuña la espada. ¿Ha notado algo de siniestro en la mirada de la embravecida fiera, que le ha infundido pánico ó terror? ¿Algún triste presentimiento le llena de espanto? ¿Paraliza su ardor el recuerdo de una mujer amada, el de sus hijos quizás? El público lo advierte y brama de coraje. En aquel mar de cabezas humanas estalla una tempestad más terrible que las de la naturaleza.

(1) Eugenio Sellés.

Una voz vibrante, dominando la espantosa gritería enciende las mejillas del diestro. Esa voz implacable inflama á los espectadores gritando: «¡Cobarde! ¡Cobarde!»

Una lucha tremenda debe estallar en el alma de aquel desgraciado. Es un minuto, tal vez ménos; pero que representa un siglo de agonía, de vergüenza, de furor, de indecision, de miedo y de cólera.

El público, fuera de sí, ahulla, increpa, rie, silva, ruge, pateo, insulta y blasfema. Presentan los tendidos un espectáculo sublimemente monstruoso.

De repente el semblante del diestro se serena: lanza una mirada de triunfo á los tendidos; y con paso firme y acompasado se dirige al toro y le provoca con el ademán y la palabra. El público comprende instintivamente que el diestro ha resuelto matar ó morir, y este terrible dilema le embriaga de gozo. De pié, livido por la emoción, entreabre la boca para dar paso á una respiración ardorosa y anhelante y hasta abre las narices para aspirar mejor el hedor de la sangre.

La fiera embiste con ímpetu al diestro, quien se ladea, la atrae, la fascina, y finalmente, le hunde la espada por detrás de las astas.

El toro lanza un lastimero mugido; arroja un chorro de sangre por la boca, vacila unos instantes, y cae al fin en horrible convulsión, en medio de los bravos y estrepitosas aclamaciones de la electrizada multitud.

Dos hombres desarrapados, ébrios completamente, se arrojan al redondel, cojen al *valeroso matador* y lo llevan en triunfo ante la Presidencia, entre los frenéticos aplausos de los espectadores, que llaman *héroe* al que ha ahogado tal vez en su corazón los más puros y delicados sentimientos del hombre.

No pudimos acabar de presenciar una función tan repugnante como horrible.

Aquellos caballos con los ojos vendados, pisoteándose los intestinos; aquel toro, momentos ántes tan bravo y hermoso, exánime, tendido en un charco de su propia sangre; aquel aire enrarecido, aquella gritería, aquel calor, aquel polvo nos trastornaban.

#### IV.

Nos alejamos de aquel espectáculo donde se rebaja la dignidad del hombre y se ultraja á la moral. ¡Si! se rebaja la dignidad del hombre, porque éste no debe exponer su vida en las astas de un toro por recrear al público, por satisfacer sus sanguinarios instintos: ¡su

vida! ¡que debe toda entera á Dios, á la patria y á la familia! Se ultraja á la moral, porque allí se insulta á la *cuadrilla*, allí se hace alarde del desenfreno más desvergonzado y allí se dirigen unos á otros los espectadores los dieterios más cínicos y afrentosos. Ocurriendo con frecuencia escenas de verdadero escándalo, como la que ha tenido lugar en la última corrida en la plaza de Madrid, de cuyos incidentes bochornosos se han ocupado el público y la prensa. Y se ultraja también á la moral, porque el hombre inmola cruelmente toros y caballos, para gozar unos instantes.

Si es lícito matar los animales que nos sirven de alimento, déseles una muerte pronta, lo ménos dolorosa posible. Ese sacrificio será el uso de un derecho natural, incontrovertible, nacido de las condiciones zoológicas del hombre, de la dura ley de la necesidad; pero no es lícito recrearnos en los padecimientos, en la agonía de seres utilísimos que puso Dios en la tierra para ayuda de nuestros trabajos y reparacion de nuestras fuerzas; seres sensibles y que, como los caballos, tienen un instinto que á veces se confunde con la inteligencia. No, no es lícito atormentarlos, enfurecerlos, martirizarlos, despedazarlos en medio de las risotadas y la estúpida alegría de una multitud desenfrenada. No debiendo confundir de modo alguno el uso de un derecho natural, con el abuso de la fuerza bruta á nombre de una necesidad ficticia como es la de las corridas de reses bravas.

Hay una voz que está por encima de los códigos, de las leyes, de las costumbres, que nos dice que es altamente inmoral toda lucha sangrienta realizada por el mero placer de ver correr la sangre y de poner á prueba el valor del hombre y los instintos feroces de las fieras. Esta es la voz sagrada de la conciencia, divino oráculo de nuestra vida, como ha dicho Castelar, y cuyos acentos, condensados en una celeste armonía, constituyen la moral universal.

Y no se diga, como afirma un *taurómaco*, que la costumbre de lidiar toros no es inmoral, por cuanto no lleva como funesto rastro de su existencia la muerte del hombre, sino que lo que se quiere es burlar al toro sin peligro del *torero*, para cuyo fin éste tiene sus reglas, tiene su verdadero arte por principio; reglas y artes que se fundan en seguras bases, como son inclinaciones naturales y accidentales de los toros en sus diferentes clases y estados, las cuales, conocidas por la experiencia de infinitos años, han proporcionado un cálculo exacto, un problema geométrico, digámoslo así, que se resuelve en el plano de una plaza. (1).

---

(1) El arte podrá disminuir el peligro, mas nunca evitarlo.

No se apele, no, á ese sofisticado razonamiento. Si el fin de esos espectáculos fuera matar al hombre, sería algo más que una barbarie; sería, como las fiestas del circo romano ó las piras de los etruscos, un crimen ináudito y monstruoso.

Si el fin es burlar los toros, el procedimiento es inmoral, evidentemente inmoral, por cuanto compromete la vida del hombre y da lugar á escenas de sangre y de escándalo.

## V.

Dijimos al comenzar el capítulo anterior; que salimos de la plaza profundamente afectados.

La sed nos devoraba; las sienas nos zumbaban...

No es extraño.

Si las corridas de toros son contrarias á la higiene del alma, no lo son ménos á la higiene del cuerpo.

La gritería y vocerío á que, ébrios de vino y entusiasmo, se entrega la mayor parte de los concurrentes, fatigan los órganos respiratorios y circulatorios, produciendo en ellos congestiones más ó ménos fuertes, seguidas las más de las veces de procesos flogísticos en los brónquios, en la sangre, etc. Es constante salir de las corridas estropeados por esa brusca gimnasia que inquieta é inconscientemente hace durante la lidia el espectador, y ronco y con tós, por efecto de la irritacion de la garganta y del pecho que ocasionan los esfuerzos de voz y el polvo de tierra que constantemente se respira en las plazas, no siendo raro ver á alguno que otro arrojar sangre por la boca allí mismo, porque predispuesto ó enfermo ya del pecho, hemotóico de antemano, ha ejercido harto violentamente sus facultades de una manera insensata y brutal.

Es tal el entusiasmo y la animacion frenética que el espectáculo infunde en nuestro impresionable pueblo, que desde el amanecer se conoce ya el dia en que ha de verificarse una corrida. Desde muy temprano aparecen las tabernas atestadas de gentes dispuestas á la broma y á la jarana. Comienzan por tomar el aguardiente y acuden con grandísima algazara al encierro del ganado, operacion preliminar que inaugura la larga série de delirios y atrocidades que en todo aquel dia han de consumarse.

Una fuerte excitacion cerebral, ocasionada por las repetidas libaciones alcohólicas, rompe matutinemente la marcha y predispone á los organismos á movimientos moleculares enérgicos, que, encendiendo la sangre, difunden y propagan la irritacion por todos los

centros de la vida tan pronto como la función llega al período álgido de la gritería, las emociones fuertes por el entusiasmo, por la cólera ó las reyertas, ocasionando con frecuencia congestiones en órganos tan indispensables á la vida como el cerebro, el corazón, el hígado y los pulmones, (1) entrañas nobles todas y que más ó menos salen siempre lesionadas ó con sufrimientos, á consecuencia de los excesos de todo género que en tales días, siempre de amarga recordación para la generalidad de las familias, particularmente de jornaleros, se cometen.

Afecciones independientes de las que resultan de las contusiones más ó menos graves; pero muy frecuentes á causa de saltar el toro la barrera, en cuyo caso corren grave peligro, no sólo la *cuadrilla* y los agentes de la autoridad que acuden á conjurar el peligro, sino también los espectadores, los cuales caen y ruedan por las gradas, revueltos hombres, mujeres y niños, resultando no pocas lesiones; y por último en las carreras, caídas y sustos, cuando la lidia tiene lugar en las calles y plazas de una población. Espectáculos estos últimos que nos traen á la memoria las escenas *taurinas* de la Edad-Media; pues si entónces, cuando los caballeros no podían matar el toro, se tocaba á desjarrete y los espectadores se lanzaban, como dice un publicista, á una, armada de chuzos y acompañados de perros, y herían, desjarretaban, en esas fiestas populares y que en algunos puntos de Andalucía tienen lugar de noche con el nombre de *gallumbo*, el pueblo enfurecido, á poco de lidiar, concluye por arrojar sobre la res fatigada, herida, despedazada, la cual en los últimos instantes de su agonía, de su rabia, suele vengarse de sus sanguinarios perseguidores hiriendo y hasta dando muerte á algunos de los que, ébrios ó confiados, se lanzan á ella, como sucedió en presencia nuestra en Badajoz: dos desgraciados mezclaron su sangre con la del toro; el uno murió en el acto, el otro quedó gravemente herido.

## VI.

Demostrado, como lo hemos hecho cumplidamente, que la reunión de miles de personas en una plaza, bajo un sol de fuego y exaltadas por el entusiasmo ó la cólera, sentimientos vivamente excitados en las corridas de toros, es contraria á la salud, pasemos

---

(1) Según *La Correspondencia de España*, núm. 6.495, en la última corrida de toros celebrada en Badajoz, murieron asfixiadas dos personas.

á demostrar tambien que constituyen un peligro para el órden público y ocasionan ataques al principio de autoridad.

A los pueblos latinos, se ha dicho con profundo conocimiento de nuestra raza, se les conmueve con sólo reunirlos.

Pues bien, si se les reúne para que se presencién escenas de lucha feroz y de sangre, para que oigan las palabras más obscenas y los dieterios más abominables, en algunos casos hasta contra la autoridad, esa conmocion ¿no podrá predisponer los ánimos á la rebeldia?

En los momentos de una crisis política ó económica ¿no será siempre un peligro para el Estado?

Hablen por nosotros las horrorosas escenas ocurridas en Barcelona durante la primera guerra civil, al salir las turbas de la plaza de toros. ¡Jornadas terribles! ¡Espantosa hecatombe! en que corrió la sangre de hombres puestos bajo el sagrado de la Ley, víctimas de aquellas turbas desenfrenadas, que templaron su alma en una de esas *brillantes fiestas nacionales*, y que no hubieran arrojado sobre la industriosa y culta Barcelona esa mancha indeleble que la Historia recordará siempre con horror, á no haberse impresionado hasta el delirio en un espectáculo que tanto exalta los malos instintos y bajas pasiones del pueblo.

Y aún cuando se haga abstracion completa de éste y otros hechos semejantes; aún cuando concedamos que no es verosímil que los perturbadores de la Nacion, esto es, los hombres funestos que afiliándose á este ó aquel partido político para explotar el presupuesto se aprovechan de la exaltacion que siente siempre el público en las corridas de toros, para lanzarlos á las barricadas, es preciso convenir en que en esas fiestas se quebranta el principio de autoridad, principio inmanente en toda sociedad bien constituida y que, cuando se desconoce ó menoscaba, puede decirse que ha sonado en el reloj del tiempo la hora de la disolucion social.

A la menor contrariedad que el público experimenta, se enfurece encarándose con el Presidente, esto es, con la autoridad; y si ésta no se pone desde luego de su parte, ó no tiene la adivinacion del gusto de los más turbulentos, llegan á sus oidos dieterios terribles y pullas sangrientas, menoscabando así su prestigio y perdiendo en esos instantes la multitud el respeto y la consideracion que debe á la autoridad constituida.

Nuestro pueblo, que tantas grandezas ha legado á la Historia por su hidalguía en el triunfo, su heroismo en la desgracia, su sobriedad en medio de producciones exuberantes y ricas, adolece, como

toda la raza latina, de una imaginación muy impresionable y de un carácter levantisco.

Ahora bien: ¿es político, es sensato excitar esas cualidades peculiares á nuestra raza, con unos espectáculos que le impresionan fuertemente, que le exaltan hasta el paroxismo y le predisponen á la cólera, cuando el servicio de la plaza, ó la *cuadrilla*, ó la Presidencia misma, no están á la altura de sus deseos ó no corresponden á sus caprichos.

¿No es, y volvemos á la primera parte de nuestro tema, hasta un crimen de lesa-humanidad hacer correr la sangre á la vista del pueblo, para que goce en escenas bárbaras, para que temple su alma en rasgos de salvajismo y se electrice y se arrebate?

Ya dijimos la influencia que ejercen las costumbres en el hombre, influencia tan poderosísima que afecta á su educación, á sus instintos, ideas y sentimientos. Pues bien; si esas escenas de sangre y salvajismo no pueden elevar el espíritu humano, sino por el contrario lo empequeñecen y degradan por las ideas y sentimientos que despiertan; si esas escenas son contrarias esencialmente á la ternura que debemos sentir, como Sócrates, hasta por los animales; si se oponen abiertamente á la cultura de una civilización que tiende á dulcificar las costumbres, á levantar el pensamiento en la contemplación de las obras de arte, á ilustrar la inteligencia en el estudio, á enriquecer á los pueblos con el trabajo, á borrar las huellas de sangre que han dejado las pasadas generaciones que no reconocían la fuerza del derecho, sino el derecho de la fuerza; si, finalmente, esas escenas afrentan al cristianismo que en la cruz ha simbolizado el amor y la caridad, sentimientos dulcísimos que levantan el alma del polvo de la tierra con las alas de la fe y de la virtud y abren los hermosísimos horizontes de lo infinito..... ¿qué extraño que el pueblo se embrutezca, se habitúe á ver correr la sangre y se rebaje y denigre? ¿Qué extraño que la estadística criminal de nuestro país acuse tantos homicidios? Esto sentado, ¿no es lógico, no es natural que nuestro pueblo dé hombres á todas las insurrecciones, estando dispuesto siempre á verter sangre en las capitales á nombre de la libertad que confunde con la licencia, como en las montañas á nombre de la religión que ultraja con el asesinato y el incendio?

Tan convencidos estamos de cuanto hemos expuesto, que no vacilamos en consignar que Fernando VII causó más daño á España con su extraordinaria afición á la lidia de las reses bravas, que con su espíritu reaccionario, que tantas insurrecciones provocó, por

cuanto avivó la pasión delirante de nuestro pueblo á esos espectáculos, que tanto habían decaído con la aversión que manifestó hácia ellos el ilustre fundador de la dinastía borbónica en España. ¡Tal es la influencia que ejercen los sentimientos de los monarcas en las costumbres de los pueblos!

## VII.

Tratadas las corridas de toros bajo los puntos de vista económico, religioso, moral, higiénico y político, réstanos considerarlas bajo el social.

Dijimos en otra ocasión que la nobleza ha venido mostrando frenética afición á esos espectáculos. Ahora es del caso añadir que ese entusiasmo la indujo á lancear toros de muerte en la Edad media, probando su destreza y valor; y que si dejó su puesto arrastrada por el espíritu del Renacimiento á mercenarios que debían hacer de una serie de suertes arriesgadas un arte, los ha protegido gloriándose de presentar los más bravos toros en las plazas y colmando de atenciones á los *diestros* y á sus *cuadrillas*.

De manera que una clase privilegiada que por largos siglos ha tenido importantísima participación en la gobernación del Estado, y que, á pesar de haber perdido más tarde los nobles rasgos y grandeza que la caracterizaban, conserva, sin embargo, una gran parte de la riqueza territorial del reino y no escasa influencia en las costumbres, ha venido apoyando espléndidamente una diversion trascendental, causa determinante, entre otras varias, del rebajamiento moral y sensible atraso de nuestro pueblo.

Esa clase poderosa saca de su natural esfera á hombres generalmente educados en los mataderos, para encumbrarlos y ensalzarlos, los cuales comunican á la sociedad sus costumbres, sus sentimientos, sus ideas y su lenguaje, impregnado de un tecnicismo chabacano, y la apartan de los Ateneos que despiertan el amor á la verdad, y de los Liceos que elevan el pensamiento del hombre por la contemplación de las obras de arte que perfeccionan el sentimiento de lo bello, y la excitan á admirar escenas de escándalo y barbarie.

De ahí que en casinos, en cafés, en tertulias, por todas partes, se discuta sobre *tauromaquia*, se comenten los lances de una corrida de toros, se celebren las *moñas* confeccionadas por alguna *noble dama*, y que, en tanto que se dan al olvido los nombres de nuestros artistas, de nuestros clásicos, de nuestros héroes, se rinda culto á la gloria de los *Costillares*, *Pepe-Hillo* y *Montes*.

Y luégo causa asombro que, cuando yacia solitario en su lecho de muerte el ilustre marino que condensó toda la energía del carácter español en una célebre frase pronunciada ante las baterías del Callao, corriese solícita la sociedad madrileña à estrechar la mano de un *matador* herido de una cornada!

Es evidente á todas luces, que rebaja el trato social de nuestro país esa constante ocupacion de las corridas de toros y de las escenas que en ellas tienen lugar. Cuando tantos problemas tienen las ciencias que resolver; cuando tan altas cuestiones políticas, religiosas y económicas preocupan los espíritus en las naciones cultas, aquí pasamos una parte de la vida estableciendo paralelos entre *Frascuero*, *Lagartijo* y el *Gordo*, y preocupándonos, por ejemplo, de la corona que las damas de la ciudad de San Roque acaban de regalar al famoso matador *Cara-ancha*, de si el toro A..... era *corni-corto* ó *corni-alto*, de si *Remolino* debió morir de un *volapié por todo lo alto*, en vez de *anonarlo el diestro para que lo rematase el cachetero*, y finalmente, de si *Frascuero* maneja el *trapo alegrando al bicho* con la misma maestría y donaire que *Paquiro*, y de si el *Gordito* no tiene rival en *escurrir el bulto y capear al toro*.

Estos ó parecidos asuntos apartan indudablemente el pensamiento de cuestiones importantes, é introducen en nuestro hermoso idioma un tecnicismo taurómico ridículo y grotesco, áun en las conversaciones formales, y crean una literatura *sui generis*, cuyo tipo podemos estudiar en la siguiente estrofa tomada al azar de una Revista taurina:

«Tocan á banderillas  
y cuatro pares  
le colocan los chicos  
con gracia y arte.  
Con nueve naturales y uno de pecho  
y le da un *mete y saca*  
bueno, recibiendo.»

En estos mismos instantes está preocupado el público madrileño con la cuestión *grave, trascendental*, que ha dado márgen á debates acalorados en los cuales ha tomado parte la prensa y que, si Dios no lo remedia, podrá producir lamentables consecuencias.

Trátase de las diferencias que separan la suerte de *recibir* de otra suerte que se denomina *aguantar*. Y sobre si este *diestro* *recibió* y el otro *aguantó*, se llevan los debates á la plaza de toros donde, como dice un erudito aficionado al arte de *Pepe-Hillo* y *Montes*, se entra «en esa atmósfera de vehementes, injustificadas y odiosas rivalida-

des que acaban por ofuscar la razón del espectador más pacífico, y que, lejos de contribuir á la mejora del espectáculo, tienden, por el contrario, á convertirlo en candente arena de personalidades, donde se dejan á un lado los hechos del torero para descender á las circunstancias malas ó buenas, antipáticas ó simpáticas del hombre.»

Y entre tanto que todas las clases se preocupan de los toros y las cuadrillas; entre tanto que pasan las cañas de manzanilla de mano en mano con gran jarana y alegría; entre tanto que se gastan sumas considerables en ver pisotearse los intestinos los caballos arrancados á la industria ó á la agricultura, y corre el toro cargado de banderillas de fuego..... lloran numerosas familias la muerte de un padre, de un esposo, de un hijo, acaecida en las ásperas montañas del Norte ó del Oriente de España, víctimas de la fratricida guerra que nos aniquila y deshonorra. ¡Pobres mártires del patriotismo, que tal vez excitan ménos interés que las estocadas de *Frascuelo* y *Lagartijo*!

¡Desgraciado país! A cada catástrofe política, á cada cataclismo social ocurrido en medio de la indiferencia del pueblo, que impulsado por su pasión desenfrenada deja el hogar ó el trabajo para correr ebrio de entusiasmo á esos espectáculos sangrientos y bárbaros, nos parece oír la voz severa de un estadista que desde el fondo de la tumba repite: «Pan y toros.»

### VIII.

Ante estas demostraciones, que no son ciertamente entidades abstractas recogidas en las altas regiones de la ciencia, ni espejismos de la fantasía, sino verdades claras, concretas, que pudiéramos llamar de sentido común, nos parece oír exclamar á los apologistas de las lides taurinas: «A pesar de todo, son ménos cruentas que el pugilato, el cual existe en naciones que se precian de marchar á la cabeza de la civilización; son un rasgo característico de nuestro pueblo, y por lo tanto digno de respetarse; mantienen la virilidad de nuestra raza; y finalmente, son las fiestas más tradicionales y grandiosas de cuantas celebrar puede el pueblo español.»

Pasemos á rebatir una por una, con toda la serenidad del que defiende una causa noble, y patriótica, y justa, esas afirmaciones que tanto eco encuentran entre los partidarios fanáticos de esas fiestas que hemos llamado síntesis de la barbarie de un pueblo.

El pugilato, que es la exageración del culto que los ingleses y norteamericanos rinden á la educación física del hombre, es, cuando toma

un carácter sangriento, una de las varias formas del *duelo*, acto brutal que la razón y la conciencia rechazan, que las leyes castigan y que hasta el Concilio de Trento maldijo.

No constituye en Inglaterra ni en los Estados-Unidos una fiesta nacional, reglamentada, protegida por el Estado. Muy al contrario, la ley castiga, el Gobierno la persigue, hasta el punto de que cuando unos cuantos especuladores sin entrañas, afrenta de esos países, tratan de poner frente á frente á dos atletas para que se destrocen á puñetazos y algunos jugadores desapiadados coticen sus agonías, toman un tren *expres* sin designar punto, se embarcan en él con los atletas y los aficionados á tan infame tráfico y se dirigen á la frontera del inmediato Condado ó Estado, segun sea Inglaterra ó los Estados-Unidos donde deba verificarse el despedazamiento de los atletas, á fin de burlar la vigilancia de la policía que persigue un acto tan salvaje é inicuo, que se realiza rara vez por completo, y que en honor del pueblo inglés y norte-americano, debemos consignar que merece la general reprobación de ambas naciones.

¿Qué tienen de comun esos *duelos* penados por las leyes, perseguidos por los Gobiernos y reprobados por la inmensa mayoría de los países donde se realizan, con las corridas de toros?

Compararlos es sumar dos cantidades heterogéneas para obtener una cantidad homogénea. Es un absurdo.

Y aún en el caso de que hubiera términos de comparación, esto es, que constituyese el pugilato una verdadera fiesta nacional en Inglaterra y en los Estados-Unidos, ¿justificaría una barbarie otra barbarie?

Si no puede el feroz pugilato, ni aún hipotéticamente, justificar la lidia de toros, tampoco justifica estas fiestas el que sean un rasgo característico de nuestro pueblo. Es evidente que se han modificado mucho las cualidades esenciales de nuestro carácter nacional; es evidente que la nobleza, por ejemplo, desde las intrigas palaciegas de la casa de Austria, ha venido perdiendo aquella varonil altivez que le era peculiar; y es evidente, en fin, que no encontramos ya en nuestro país aquella fe religiosa que dió tantos mártires al cristianismo, aquel amor patrio levantado que produjo hombres del temple de Guzmán el Bueno y aquellos héroes de la Historia, que pareciéndoles pequeña la Península para sus glorias, llevaron los pendones de Castilla, de Flandes al Asia, de Africa á América; pero dígasenos: porque se haya modificado nuestro carácter; porque hayan desaparecido una gran parte de los usos y costumbres que hacían tal vez de nuestro pueblo una especialidad en Europa, ¿es

razon para que las lidias de toros se impongan á la razon y á la conciencia, á título de que constituyen un rasgo de nuestro carácter?

¡Ah! Los rasgos característicos que deben procurar mantener los pueblos contra el espíritu de innovacion que agita á las sociedades modernas, son los que revelan la grandeza, la virtud, el talento y el heroismo de un pueblo, de una raza.

El amor á las artes de Italia, por ejemplo, el amor al progreso humano de la Alemania, el amor al trabajo de la Gran Bretaña y el espíritu de independecia de nuestro país, que se ha revelado siempre poderoso, indomable y fiero, cuantas veces han intentado hollar su suelo plantas invasoras extranjeras.

Dejando á un lado las afirmaciones que hemos analizado, de las cuales resultan dos lógicas conclusiones que están al alcance de cualquiera, vamos á hacernos cargo del argumento más generalizado y encarnado en la multitud y aún en personas que pasan por doctas; esto es, que las corridas de toros mantienen la virilidad de nuestro pueblo.

¡Craso error! ¡aberracion lastimosa! Los Estados-Unidos no conocen semejantes espectáculos, les repugnarían seguramente; y sin embargo, ¿ese país que por sus obras grandiosas, sus instituciones políticas, sus adelantos en la industria, en el comercio, en la navegacion, ha merecido el nombre de coloso del continente americano, ha perdido acaso la virilidad que llevó á su suelo la raza anglosajona? ¿No ha probado recientemente su energia, su vigor, su fuerza en una guerra de titanes? Y la Prusia misma, pueblo tambien culto, industrial y humanitario, ¿no ha probado en la última guerra con Francia que conserva, cuando ménos, tanta virilidad como aquellos galos que decian con sobrada arrogancia, que si la bóveda del cielo se desplomára, la sostendrian con las puntas de sus picas?

Desengañense los apologistas de las lidias taurinas; lo que sostiene la virilidad de un pueblo, es el trabajo muscular, que endurece los miembros y les da energia; es la sobriedad, que mantiene la salud; es la vida del derecho, que eleva la dignidad del hombre; y finalmente, la moral, que determina el bien; porque cuando faltan á un pueblo las condiciones esencialísimas que hemos apuntado, los vicios enervan el cuerpo y exaltan el alma en un constante delirio; la inteligencia se extravía, la virtud decae, el grosero sensualismo domina.

¡Ay de esos pueblos! Bien pronto se verán invadidos, hollados por otros fuertes, enérgicos y virtuosos, que lleven por bandera un Dios y una patria honrada.

Esa falta de virilidad la encontramos patentísima en Roma en tiempo de Tiberio, y en nuestra patria en tiempo de D. Rodrigo.

Refutado tan baladí argumento, pasemos á hacernos cargo del no ménos baladí de que las corridas de toros son el espectáculo más grandioso y tradicional de cuantos celebrar puede el pueblo español.

!Ah! para los defensores del arte de *Paquiro*, importa poco que se resientan los intereses del pueblo, la moral y hasta el buen gusto, con esas perniciosas fiestas. Todo, absolutamente todo debe sacrificarse al placer de un día, á la animacion febril de un pueblo entusiasmado, al recuerdo quizá de que en esas fiestas tomaron parte el Cid Campeador y Cárlos I, los dos héroes principales de nuestra historia, y en las cuales dejaron inmortalizados sus nombres los caballeros cristianos, juntamente con los de los Mozas, Maliques y Gazules.

Si todo debe sacrificarse á la magnificencia, retrocedamos á los circos romanos, reconstruyamos los anfiteatros de Itálica, Toledo y Mérida, levantemos allí estatuas traídas de la Grecia y obeliscos del Oriente, altares de pórfido, monumentos simbólicos llenos de gracia y belleza, lancemos á la arena, salpicada de polvo de oro, de carmin y de minio, á los criminales, á los prisioneros de guerra, á los mercenarios, y al son de las músicas y de los gritos de una inmensa multitud electrizada por tanta magnificencia, que corra la sangre de los gladiadores, ya en lucha fratricida, ya desgarrados por fieras, ó bien en simulados combates navales, donde figuren ninfas y monstruos marinos, que sobrepujen á los espectáculos que embriagaron de gozo á Neron y á Calígula é hicieron aspirar el vapor de sangre á la nobleza, á los plebeyos y esclavos.

Y si no parecen bien esos espectáculos, ¿por qué no retrocedemos á los torneos y á las justas?

¿Se quiere tradicion?

Allí la encontraremos llena de poesia.

¿Se quiere magnificencia?

Allí podremos inspirarnos en el lujo y en el esplendor.

Si no es posible reproducir las hecatombes que horrorizaron á Constantino; si no podemos volver á la Edad media, pues si las estaciones vuelven porque Dios ha trazado una órbita al Planeta, las épocas no vuelven jamás, porque hay un misterioso encadenamiento de hechos históricos que conduce á la humanidad hácia el progreso aun á pesar suyo, y ésta es la portentosa obra del Creador, que ha inspirado en la mente del hombre la idea de un *más allá*, que afa-

noso busca acá en la tierra y que el corazon nos dice está en el cielo; si no es posible, repetimos, retroceder porque se opone una ley divina, ¿cómo es posible, sin oponernos al espíritu de progreso, sin revelarnos contra nuestra naturaleza, sostener esos espectáculos que repugnan á la razon y á la conciencia y que contribuyen á alejarnos del concierto de Europa? ¡De Europa! que oye con horror ó despreciativo desden, la relacion de unas escenas más propias de la ferocidad africana, que de un pueblo que hace alarde de seguir el movimiento de la civilizacion moderna.

## IX.

Dedúcese de todo lo expuesto:

1.º Que las corridas de toros son anti-económicas, porque ocasionan considerables gastos á las clases jornaleras, las cuales derrochan en unas cuantas horas de delirio el salario de una semana; porque las aparta del trabajo, dejando un vacío en la produccion nacional; porque, en tanto que yacen en proyecto innumerables obras de pública utilidad, se gastan millones en la construccion de plazas inútiles para la produccion y para el arte; y porque perecen toros y caballos por el bárbaro placer de unos instantes, que podrian ser utilísimos á la agricultura y á la industria.

2.º Que son anti-religiosas, porque los días festivos han sido consagrados por la Iglesia al descanso, á la práctica de la virtud y á la piedad, y no á unos espectáculos que exaltan las malas pasiones del público, que motivan desórdenes y extravíos licenciosos y son, en fin, la verdadera apoteosis del barbarismo, degradacion y decadencia de un pueblo.

3.º Que son anti-morales, porque rebajan la dignidad del hombre, el cual expone su vida por el vil interes ó por satisfacer los feroces instintos de los espectadores; porque se hace alarde de brutalidad y desenfreno, y se inmolan cruelmente animales utilísimos en medio de la pública algazara y estúpido regocijo.

4.º Que son anti-higiénicas, porque fatigan los órganos respiratorios y circulatorios, no sólo por la gritería y la natural emocion, sino tambien por los excesos de todo género que originan, provocando lesiones más ó ménos graves en entrañas nobles, como el hígado, los pulmones, el cerebro y el corazon.

5.º Que son anti-políticas, porque predisponen al público á la rebeldía, exaltándole, incitándole á derramar sangre y provocan desacatos á la autoridad y cuyas funestas consecuencias se tocan en las violentas insurrecciones que desgarran á nuestro país.

6.º Que son anti-sociales, porque las clases elevadas sacan de su natural posición á hombres generalmente educados en los mataderos, los cuales les comunican sus costumbres y hasta su lenguaje, introduciendo, aún en las conversaciones formales, un tecnicismo taurómico ridículo y chabacano; apartan á la sociedad de los Ateneos que ilustran y de los Liceos que perfeccionan el sentido estético con la contemplación de las obras de arte, y la incitan á contemplar escenas de crueldad y salvajismo, impropias de un país culto.

7.º Que no tienen término de comparación con el feroz pugilato, por cuanto éste no constituye en Inglaterra, ni en los Estados- Unidos de América una fiesta nacional, sino un crimen penado por las leyes y perseguido por la policía.

8.º Que no deben subsistir porque constituyan un rasgo característico de nuestro pueblo, pues los rasgos que éstos deben mantener son los que revelan grandezas y virtudes; no feroces instintos y hábitos de lucha y escándalo.

9.º Que no mantienen la virilidad de nuestro pueblo, por cuanto ésta existe en otros países más adelantados que el nuestro; porque la energía de una nación se sostiene con el amor al trabajo, la dignidad personal, el sentimiento del deber que produce las virtudes privadas, fuente de las sociales, constituyendo unas y otras la verdadera grandeza moral del individuo y la fortuna de un pueblo.

10. Que no deben sacrificarse á la tradición y á la magnificencia de un espectáculo los intereses materiales y morales del país; pues en el primer caso, deberíamos retroceder á las justas y torneos; en el segundo á los circos Romanos; en aquellos, podríamos inspirarnos en la poesía caballeresca de la Edad media; y en éstos, en las cruentas, pero grandiosas escenas que embriagaron de gozo á Neron y á Caligula, mónstruos de la Historia.

## X.

Expuestas las anteriores conclusiones, réstanos proponer, si bien sintéticamente por la falta de espacio, los medios que podrian emplearse para ir desarraigando en nuestro país la bárbara costumbre que hemos combatido.

Pero ántes, séanos lícito hacer una ligera digresion que conviene á nuestro propósito. Las buenas costumbres, se ha dicho con sobrada razon, resultan de un complejo de circunstancias, cuyo equilibrio debe ser constantemente mantenido.

España, por una serie de sucesos deplorables nacidos entre otras

causas del brusco choque de las ideas modernas con el apego á antiguas creencias y viejas instituciones, ha venido perdiendo ese equilibrio; y por otra parte, los Gobiernos, léjos de mantenerlo con potente mano, lo han roto muchas veces, pudiendo presentar, como irrecusable prueba, el Real decreto de 28 de Mayo de 1830, mandando crear una escuela de tauromaquia en Sevilla para que el pueblo afinase el gusto y afición al toreo, en tanto que debiera ver indiferente cerrarse las Universidades, templos del saber donde se libra el hombre de la peor de las servidumbres, la de la ignorancia.

Teniendo en cuenta esa tradicional proteccion que los Gobiernos han dispensado á las corridas de reses bravas; teniendo en cuenta la índole especial de nuestro pueblo que tantas veces se ha impuesto á los gobernantes, arrancando con tumultuosas manifestaciones y motines, resoluciones desastrosas, (1) y teniendo en cuenta, finalmente, que esas llamadas *brillantes fiestas* nacionales han alcanzado en nuestros días un entusiasmo superior al de los reinados de Alfonso VIII y Fernando VII, sería impolítico é inútil tratar de obtener del Gobierno un decreto antitético al que hemos citado, porque áun cuando se pudiera conseguir daría el mismo resultado que la Pragmática-sancion de Carlos III y órdenes posteriores de Carlos IV; tal es, como ha dicho un publicista, la suerte que corren los mandatos que chocan abiertamente con la índole y las costumbres de los pueblos.

Es indispensable, pues, para conseguir el fin apetecido, sin violencia de ningún género, apelar á medios lícitos, indirectos y complejos que no solivianten á esa irritable y levantisca reina sin cetro ni corona que se llama la opinion pública. En primer lugar, es preciso apelar al fecundo principio de asociacion, comparable á los rios en su nacimiento, en su desarrollo, en los inmensos bienes que reportan al mundo.

La ciencia, para romper las cadenas que la oprimian un tiempo, necesitó de Copérnico, de Kepler, de Galileo.... para librar á nuestro pueblo del fanatismo taurómico, y todo fanatismo es una servidumbre, no necesita de génius, ni de mártires. Bastará sólo el esfuerzo enérgico, perseverante, de los que se asocien á la patriótica, humanitaria y levantada empresa de acabar con esos espectáculos en todas sus manifestaciones. Empero, ¿cómo aunar las voluntades en un sentimiento comun? ¿Cómo dirigir sus esfuerzos? ¿A quién cabrá la gloria de iniciar tan hermoso pensamiento?

---

(1) Entre otras, la expulsion de los judíos y la creacion del Santo Oficio.

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS, de Cádiz, podría iniciar la formación de la Asociación, dirigiéndose al Clero, que por su misión y hasta por la Ley de Partidas y la voluntad de Pontífices como Gregorio XIII y Clemente VIII, está divorciado de tales espectáculos; á las damas que no hacen público alarde de un corazón empedernido y una moral fácil que les permite presenciar sin ruborizarse bochornosas escenas; á los catedráticos, á los maestros de instrucción primaria, á todas aquellas personas, en fin, que por su posición social, por su talento y cultura, podrían robustecer la Asociación, la cual debería tener por lema: MORALIDAD Y TRABAJO. Constituida la Asociación, debería:

4.º Fundar un periódico que hiciera una activa propaganda contra las corridas de reses bravas.

La prensa periódica, que en otras naciones más cultas cumple su elevada misión de ilustrar al público presentándole un día y otro día el bien, la verdad y la belleza, en nuestro país es, salvo honrosas excepciones, la voz servil de la política egoísta y personal de los partidos y de las exaltadas pasiones de la multitud. De ahí que la generalidad de los periódicos, en vez de oponerse á la ciega afición al toreo de la mayoría de nuestro pueblo, haga alardes de entusiasmo al publicar una Revista de toros, al dar á conocer los pomposos programas de los empresarios de las Plazas, y fomentar tan funesta y tradicional pasión, aplaudiendo la destreza de este *matador*, la soltura y valor de aquel *banderillero* y el empuje del toro que arrancó los intestinos á diez caballos y mató á otros tantos.

Por eso la Asociación debe fundar un periódico y aún ejercer su influencia sobre la *prensa*, para que moralice al pueblo y no lo corrompa; para que eleve su espíritu en el estudio y no lo extravié ni estimule á la contemplación de escenas tan horribles como repugnantes.

2.º Excitar al Clero para que, apoyándose en el Evangelio, combata esas fiestas en el púlpito.

3.º Celebrar concursos literarios en las capitales de Andalucía, donde se premien las mejores composiciones sobre el medio de extinguir las corridas de reses bravas.

4.º Conseguir de los maestros de instrucción, que den á leer á los alumnos las obras premiadas en esos concursos.

5.º Influir para que los empresarios de las corridas de toros cubran el vientre de los caballos con cuero, á fin de evitar que esos nobles é inteligentes animales se pisoteen los intestinos en el redondel de las plazas.

6.º Proteger el establecimiento de circos ecuestres en que se supriman las luchas de fieras y las suertes arriesgadas de *zampillareos-tatacion*. Los circos pueden hacer una saludable competencia á las corridas de toros, y por eso conviene fomentarlos. Las funciones que se celebran en los circos son ménos sangrientas, ménos bárbaras, ménos inmorales que las corridas que combatimos; en los circos reina la animacion y no el escándalo, la alegría y no la licencia. Se admira la belleza de la forma humana y no la ferocidad del toro; se aplaude el valor sereno y no la barbarie; se despierta en la juventud la aficion á ejercitar sus fuerzas físicas y no el deseo de ver correr sangre; se eleva el espíritu en la contemplacion de verdaderas suertes artísticas en la que brillar pueden ráfagas de genio en cuadros plásticos y pantomímicos, susceptibles de maravillosos adelantos, y no se envilece el público provocando á la *cuadrilla* á que se sacrifique á sus feroces y exaltados instintos.

7.º Despertar por medio del libro, del periódico, del púlpito la aficion á las romerías dominicales, tan frecuentes en otros países, principalmente en Suiza.

El amor al campo desarrolla una costumbre conveniente á la higiene del alma y á la del cuerpo. Aparta al trabajador de la taberna donde se envenena y rebaja, de las corridas de toros donde se embrutece y de los *clubs* donde oye tronar contra los poderes constituidos, donde predispone su espíritu á la insurreccion que le debe perjudicar, si es que vendido por sus mismos oradores no espia en la cárcel ó en el cadalso su ignorancia y exaltacion política.

El amor al campo despierta dulces sentimientos en el corazon del hombre: bajo un cielo purísimo, bañado con los resplandores del sol, y en presencia de la naturaleza, no se despiertan las bajas pasiones, ni acude la blasfemia á los labios del impío.

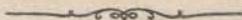
Los lazos de la familia se estrechan en esas romerías; los hijos pequeños saltan gozosos en las praderas; sus madres les llevan la comida, la merienda, y bajo un árbol, entre flores, teniendo delante un risueño panorama y encima la bóveda del cielo que nos convida a la meditacion, á sentir palpitar la Omnipotencia divina, se aduermen los malos instintos y se despiertan sentimientos de amor y de ternura que hacen santa la familia. (1)

---

(1) Si alguna duda pudiera haber sobre la influencia que ejercen en el corazon humano la contemplacion y estudio de la naturaleza, queda desvanecida con sólo leer los resultados portentosos que ha obtenido en varios puntos del extranjero el sistema pedagógico de Froebel bajo la denominacion de *Los Jardines de la Infancia*.

Mediante estos procedimientos, la Asociacion podria ir modificando la índole, las inclinaciones de nuestro pueblo, moralizándolo é instruyéndolo, y vencer poco á poco, con la perseverancia de la gota de agua que atraviesa los peñascos, esa fuerza de inercia que tiene toda costumbre arraigada, tradicional, concluyendo por extinguir la aficion á esos espectáculos que exaltan la naturaleza meridional de nuestro pueblo y mantienen vivos sus hábitos de lucha y holganza; y cuya extincion será el feliz comienzo de una regeneracion social apetecida, que abrir debe nuevos y hermosos horizontes á esta nuestra patria amada, teatro un tiempo, como ha dicho un tribuno, de portentosos acontecimientos y de heróicas hazañas, y en cuya historia encontramos instituciones liberales, famosos descubrimientos, sábias legislaciones y sobresalientes ingenios, porque ella, con paso firme y majestuoso, alimentada por el soplo del Eterno y llena, como siempre de su proverbial gravedad, llevaba en su mano la antorcha de la civilizacion, esparciendo por todas partes la luz y la vida.

FERNANDO DE ANTON.



## SECCION HISTÓRICA.

## APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA. (1)

(Núm. 22.—16 de Agosto de 1873.)

## EL VOTO POPULAR.

Por primera vez se congregó al ponerse el sol de antes de ayer el pueblo de Cartagena, para pedir su fallo en la causa instruida por la Comisión revolucionaria de Justicia contra el voluntario Juan Cano Navarro por muerte violenta al cabo también de voluntarios Francisco Calderon.

A las seis y media se cerraron las puertas del vastísimo arsenal, quedando agrupados al rededor del ala principal gran número de ciudadanos, ante los cuales se presentó la Comisión de Justicia, desde uno de los balcones, presidida por el ciudadano Araus en sustitucion del presidente Eduarte, ocupado en graves atenciones del servicio de armas.

Con profundo silencio fué escuchado el sencillo relato que del crimen, de la organizacion del Tribunal, de la sumaria y pruebas del plenario, de la sentencia y de las circunstancias del reo, hizo en breves palabras el presidente; cuando dirigió la primera consulta preguntando si aceptaba ó recusaba al Tribunal, el pueblo lo declaró por una gran mayoría competente.

Había que consultarle en seguida cuál de las dos penas propuestas por la mayoría y minoría del Tribunal aprobaba; y como habia sido tanta la indignacion del pueblo en estos dias y el deseo de enérgicos castigos producía grande animosidad contra el reo, temian muchos

---

(1) Véanse los números anteriores.

que fuera excesivo el número de los que pidieran la pena de muerte, pedida por dos votos de la Comisión revolucionaria, que sin duda atendieron á haberse cometido el crimen en la plaza de guerra, frente al enemigo y contra un jefe.

La ansiedad era tan grande, el momento tan solemne que á uno de nuestros más queridos amigos le vimos retirarse del balcón por no poder resistir la fuerte impresión de que era objeto.

Fué hecha la pregunta, y un solo momento de vacilación se notó en dos grupitos del centro, que discutían para aclarar en qué lado se votaba por la pena de muerte. Cuando el presidente con voz conmovida repitió la pregunta, sólo un insignificante grupo, en su mayor parte de chiquillos, que había logrado introducirse, quedó á la izquierda: los demás concurrentes, en una grande é imponente masa, se agruparon á la derecha para votar la pena de cadena perpetua pedida por la mayoría de la Comisión revolucionaria.

Entonces la satisfacción de haber librado de la muerte á un hombre impresionó de tal modo al pueblo, que cuando Araus, con solemne, pausada y entusiasta palabra le felicitaba por su nobleza y por la constancia de sus ideas democráticas se estremecían los votantes con una emoción de ternura y regocijo que les obligaba á derramar lágrimas con las cuales sellaron el pacto que los cartageneros han hecho para siempre con la causa de la humanidad y de la justicia.

Breves momentos duraron las sentidas frases del presidente; pero arrebataron de tal modo, que cuando apreció el valor de la vida por la alegría que todos sentían al prolongarla sobre el cuerpo de un criminal empedernido, para pedirle que sólo la perdiera á cambio de convertirse en héroe, el pueblo en masa hubiera hecho gustoso la promesa de no consentir nunca la muerte de ningún ser humano.

Este es el pueblo entregado á sus instintos. Noble y generoso, lleno de fe, ciego por la bondad de las buenas prácticas. Aherrojadle, azotadle, haced de él escarnio y lo desgraciareis como cuando se han empeñado en conducirlo los privilegiados de la sociedad.

#### ¡ CARTAGENA !

Alzarse entre las brumas los picos de las montañas que circundan esta ciudad hermosa, en donde la naturaleza dejó espacio para que en él poseyeran los españoles uno de los mejores astilleros.

Luégo del sol de Agosto que nos abrasó durante el día, ha venido el mar refrescando con la dulce brisa de la noche el ardor que nos quemaba. Rielando sobre las ondas sosegadas la luz de la luna, se

hizo rumbo á la hermosa fragata blindada *Mendez Nuñez*, y á su bordo gozamos el esplendente panorama de un pueblo federal, vigilante por su independencia, con las gloriosas tradiciones de su etimológica fundacion, de sus hechos guerreros y de su poderoso ánimo libre é industrial.

A tres millas distante vemos en Escombreras los federales de algunos buques surtos en su rada, confirmando la presencia de la *Victoria* y la *Almansa*... ¡custodiadas por el extranjero! Un rugido de dolor se escapa de nuestro pecho. Una mirada centellante nos deja ver prisionero é intervenido el pabellon español ¡Malditos sean los hombres del Poder, que desde Madrid lo ocasionan!

¡Cartagena! En 1844, última fecha de tus heroicidades, te cubriste de laureles con las insignes proezas que realizaste durante el sitio. Los hombres, las mujeres, los niños y los ancianos, dentro de tu formidable recinto, amparados, más que por el número de defensores y cañones, por el indomable espíritu que siempre te animó en favor de la libertad, desafiaron los rigores del hambre, el esfuerzo de un considerable ejército sitiador y las contrariedades más adversas, bastando sólo para la resistencia cuatro compañías de nacionales y 500 voluntarios catalanes. Entónces, como ahora, hubo pechos valientes que, encerrados en la Santa Bárbara de un depósito inmenso de municiones, prepararon mecha, se reservaron la custodia incesante del terrible depósito, y juraron «morir como españoles ántes que rendirse.»

Y si en aquella época salvó la situacion tan indomable energía, en la presente una completa victoria ha de cubrir la honra de los cartagenos, que no ha de ser ménos valiente y digno un pueblo monárquico que un canton republicano.

Aquí no hay ambages ni mistificaciones; aquí nadie puede ni debe llamarse á engaño. La actual revolucion, que es hecha para el progreso y el bien social, para reparar las injusticias, para que obtengamos las dichas de la paz y del trabajo, para que cese la explotacion del débil por el fuerte, para que el pueblo se gobierne á sí mismo, para que el cuarto estado entre en el comercio de la vida moral y material, en una palabra, para salvar al pobre honrado de la esclavitud que sobre él ejerce el rico infame: triunfará con y sin elementos; triunfará por la razon ó por la metralla, y no hay poder humano que resista á la avalancha del pueblo, que, cual inmenso río, rebosa del estrecho cáuce en que yacía, y comienza á inundar las ávidas comarcas de un mundo de miserias, de engaños, de traiciones, de odios y de tiranías, haciendo lo que las aguas de la naturaleza, anegar todo para fecundizarlo.

¡Pueblo de Cartagena, tú eres hoy la esperanza de la patria! Sobre el moreno rostro y lucientes ojos de tus moradores se retrata el fuego que comunica á los corazones el sol de las palmeras, el aura dulcísima de tus campos y el melancólico y grave continente del vecino del mar.

Pueblo de Cartagena, tú eres sufrido y digno. Tu palabra no se vuelve; sabes sostenerla y la pronuncias con verdad. Por ello tienes las condiciones del valiente, que no faltando jamás á sus deberes, prefiere mil muertes ántes que ver hollados sus derechos. Sus tradiciones son esas, y esa tu noble historia.

Redímete, pueblo; el pária, el ilota de los siglos, el obrero sin más títulos ni honores que un trabajo pedido de limosna, con su mujer é hijos siempre necesitados de pan y de ciencia, exigen el último y supremo esfuerzo de todos los buenos.

Ríamonos de calumnias miserables; despreciemos el enojo de los déspotas, y, á una todos, esperemos con el anhelo de que llegue y con la seguridad del éxito, la hora de la más enérgica de las luchas que en las murallas invencibles de Cartagena ha de librarse contra los déspotas ametralladores del pueblo indefenso y de la verdadera república federal.

#### LOS CUATRO ALMIRANTES.

Pocas veces se habrán visto tan honradas las aguas de Cartagena como en estos momentos, que prometen ser la víspera de su eterna gloria.

Cuatro naciones han venido á sustituir, y hasta cierto punto á contener á la Prusia en sus actos de intervencion española, y las cuatro han enviado á la hija de aquella Cartago, tan grande en su desgracia como en su poderío, sus almirantes con el natural acompañamiento de sus escuadras.

Tres fragatas y 52 cañones tenía anteayer por la tarde Inglaterra; las primeras, blindadas, eran *Lord Warden*, *Surftsure*, y la segunda *Limp*, y *Jord* que salió luégo hácia Alicante. La escuadra está mandada por el almirante Yeberton.

Dós Italia, también blindadas, *San Martino* y *Roma*, y una cañonera, todas al mando del almirante Broketti.

Una fragata de madera, de los Estados-Unidos de América, *We-bahs*, llevando al almirante de las escuadras de Europa, Case, además de una goleta de hélice que despues se le ha unido.

Una fragata blindada, los franceses, la *Reine Blanche*.

Tres vapores de guerra los españoles partidarios del Gobierno de Madrid, al mando del contralmirante Lobo y Malagamba.

Y, por último, las dos fragatas blindadas detenidas, y dentro del puerto la *Mendez Nuñez* y *Numancia*, también blindadas, y el *Fernando el Católico*, de madera.

Tal era, además de otros buques mercantes, el cuadro que ofrecían á la vista nuestras aguas, y cómo se explican los interminables saludos que durante todo el día se oyeron cambiar entre todas las naciones reunidas, excepto con la nuestra, pues ni con el Gobierno de Madrid ni con el de Cartagena podía cambiar saludo sin declarar implícitamente el reconocimiento que hasta ahora han rebuido.

Pero las dos fragatas detenidas, volvemos á asegurarlo, no saldrán de Escombreras por ahora. Permanecerán hasta la orden del Gobierno inglés, que no tiene prisa por darlas al de Madrid, interin sea reconocido aquel Gobierno ó hasta que triunfe la revolucion federal iniciada en Cartagena, en cuyo caso no habia necesidad de reconocer al Gobierno provisional.

---

(Núm. 23. — 18 de Agosto de 1873.)

---

Ó VENCER Ó MORIR.

El traidor é inicuo Gobierno de Madrid piensa vencernos, más que por la fuerza, por la traicion.

Se engaña grandemente. Vamos á probar á ese grupo de pequeños maquiavelos que estamos preparados, que estamos dispuestos á confundirlos. Cartageneros, soldados, marinos y demas fuerzas de la federacion, nos hallamos en un caso excepcional. No haya más que una divisa para nosotros: ¡ó vencer ó morir!

Somos bastante fuertes para dejar atónitos á todos los miserables que nos quieren subyugar. Somos suficientes para contrarestarlos.

Cartagena sola, abandonada á sus propias fuerzas, debe dar un saludable ejemplo á las provincias españolas. Cartagena debe hacerlo así, porque la mano de la naturaleza la tiene señalada para eso, para que sea la primera que diga al mundo lo que es union, lo que es constancia, lo que es amor á la verdadera república.

Ciudadanos, militares y marinos del canton; ¿conseñtíreis perder vuestra libertad por abandono ó flojedad vuestra?

¡Nunca! Así lo esperamos. Nuestra misión es muy delicada: las naciones enteras del globo tienen fija su mirada en este rincón del mundo. Nuestro deber es probarles que somos dignos de nuestro credo, dignos de nuestro nombre, dignos de nuestros mártires muertos en defensa de la libertad; en una palabra, que somos dignos de nuestro emblema. ¡Federales! Nada de vacilación, nada de temor; la unión, la pólvora, el bronce y el plomo son nuestros salvadores.

Tengamos una completa y verdadera abnegación. Unámonos todos para rechazar á nuestros enemigos, que son los enemigos de la libertad, de la civilización, en una palabra, de la verdadera república.

Pero que nuestra conducta sea, como con orgullo podemos decirlo, igual á la que hasta hoy hemos tenido. Ni un mal paso, ni el más ligero desmán, ni el menor atropello, y la victoria será nuestra; nuestra porque nuestra causa es la causa de la justicia.

No nos dividamos, no desmayemos por cualquier descalabro; al contrario, que sirva de estimulante ardoroso para destrozar á las falanges contrarias.

¡Cartageneros! á las murallas cuando el deber y nuestro Gobierno nos llamen! ¡Que el nutrido fuego de nuestros cañones y la ardiente metralla que despiden diezmen sin compasión á los verdugos que nos quieren infamar, que nos quieren esclavizar!

Fe y confianza, y nosotros venceremos.

Buques de las más potentes marinas de guerra están observando hasta el más pequeño de nuestros movimientos, la más insignificante de nuestras acciones. Hagámosles comprender cuánto vale cada uno de los defensores de Cartagena.

Pongamos de nuestra parte cuanto debemos y podamos, porque así es necesario. Venezamos, y la España, la Europa, el mundo entero nos admirará, y cuando en cualquier punto se vea un cartagenero, todos se descubrirán y dirán con respeto: «¡Ahí va un héroe de la federación española!»

Ciudadanos: Que nos esperan nuestras madres, nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros parientes, todos, que son españoles, y quieren volvernos á estrechar entre sus brazos, porque todos quieren abrazar á un valiente, nunca á un cobarde. Hagámosnos dignos de nuestros antecesores, y á las murallas, á los fuertes y á los buques, á morir ántes que consentir perder la autonomía de nuestro cantón.

Ciudadanos, ó vencer ó morir, como los numantinos, al santo grito de «¡viva la federación española!»

Segun noticias de origen fidedigno llegadas á esta plaza, en Madrid habian surgido serios conflictos.

Los ministros habian presentado su dimision y empezaban á levantarse barricadas.

Constancia, pues, cartageneros, que el triunfo es nuestro.

---

De Valencia hay tambien noticias que nos hacen comprender que aquellos federales, una vez libres de la presion de las tropas de Martínez Campos, habian vuelto á proclamar la autonomia del canton.

---

Tenemos entendido que el diputado por Cartagena, Sr. D. José Prefumo y Dodero, se halla desde hace dos dias entre las fuerzas centralistas, entre Pacheco, Pozo-Estrecho y la Palma.

Dicese tambien que le acompañan, en calidad de ayudantes de campo, algunas de las individualidades más influyentes del grupo benévolo.

Felicitamos sinceramente al antiguo diputado por Cartagena, convertido hoy, por obra y gracia de los traidores de Madrid, en el Molke español.

---

La prodigiosa actividad de Prefumo frente á los heróicos muros de Cartagena contrasta notablemente con la negligencia y cobardia de otras épocas.

Hoy, que se trata ó se pretende por la chusma de Madrid el reducir á escombros nuestra querida ciudad; hoy, que millares de republicanos sienten sobre su garganta la planta monstruosa de un Gobierno despiadado y cruel, Prefumo, no sólo se multiplica, sino que da muestra de poseer el alma de los gigantes del mar.

En cambio, cuando su partido era victima de la perfidia de un Sagasta; cuando la sangre de sus correligionarios corria abundantemente por los campos de Andalucía, Cataluña, Aragon y Valencia; cuando el mártir Guillen y el heróico Carvajal caian bajo el plomo homicida de un Gobierno perjuro, entónces sólo alguna que otra jeremiada se escapaba de la maquiavélica conciencia de ese hombre muerto, cuyo inicuo proceder, cuyo villano comportamiento para con el pueblo que le vió nacer no tiene precedente en la historia de la humana perfidia.

---

El Gobierno centralista de Madrid, no contento con apelar al soborno, á la intriga y la traicion para atemorizar á los heroicos federalistas de Cartagena; no contento aún con habernos privado de personal con que poder atender á las más apremiantes necesidades del servicio público; no satisfecho todavía con habernos robado nuestra honra, pretende recurrir á otros medios, dignos tan sólo de hombres avezados al crimen, ó de bandidos miserables y deformes.

Y decimos esto en vista del siniestro ocurrido en la noche del día de ayer tanto en la fragata *Mendez Nuñez*, cuyas amarras de tierra fueron cortadas por manos criminales interesadas en destruir nuestra hermosa nave, y el conato de incendio que tenía lugar á la misma hora en los bajos del magnífico edificio denominado el astillero.

Pero ni aún por esto, señores centralistas, ni aún por esto lograréis doblegar en lo más mínimo el resuelto y varonil semblante de los que un día os honraron con el título de correligionarios y amigos.

---

Muchas de las personas que salieron de Cartagena empiezan á regresar, en la confianza de que las tropas de Madrid no tienen elementos para formalizar el sitio.

---

La limpieza de las calles deja mucho que desear. Bueno sería que una seccion de presidiarios se dedique á este servicio.

---

Segun tenemos entendido, desde el jueves próximo empezarán los conciertos nocturnos que las bandas de música de las fuerzas de esta plaza piensan dar al público en la glorieta de San Francisco.

En uno de los intermedios de dichos conciertos se quemará cada noche un bonito árbol de fuegos artificiales, á fin de amenizar la funcion y atraer concurrencia.

Celebraremos mucho que se realice este pensamiento.

---

Otra de las cosas que se proyectan para distraer la poblacion de las penalidades del sitio y ejercitar en el manejo de las armas á sus defensores, es establecer el tiro al blanco, señalándose por las autoridades algunos premios para los que en este ejercicio se distinguan.

(Se continuará.)

## SECCION LITERARIA.

## A LA VIRGEN SANTÍSIMA EN SU TERCER DOLOR. (1)

... venerunt iter dici et requirebant  
eum inter cognatos et notos.  
Et non inuenientes, regressi sunt in  
Jerusalem requirentes eum.

(SAN LÚCAS, c. II vers. 44 y 45.)

¿A dónde vas, doncella,  
que así vagas medrosa y dolorida?  
¿por qué en tu faz tan bella  
pesar tan fiero anida  
que imágen eres del dolor cumplida?

¿A do fueron los rojos  
claveles de tu boca perfumada?  
á do fué de tus ojos  
la plácida mirada?  
¿á dónde tu sonrisa regalada?

Tu rostro es mar de llanto;  
las lágrimas tus ojos enrojecen;  
al hielo del quebranto  
tus labios palidecen;  
las rosas de tu faz se desvanecen.

Tu cimbalo sonoro  
de un sauce pende; tu arpa bendecida  
no regocija el coro  
de la tribu escogida,  
ní es tu cantar de sus cantares vida.

(1) Muy de grado publicamos hoy la presente delicada composición de nuestro antiguo y querido amigo el marqués de Monesterio, hoy duque de Almenara Alta.

Cien vírgenes hermosas,  
 cien matronas de estirpe inmaculada  
 circundan bulliciosas  
 la espléndida morada  
 á Jehová por su pueblo consagrada.

Manada triscadora  
 de corderillos cándidos parece  
 aquella bullidora  
 juventud que esclarece  
 el hebreo pensil donde florece;

Y tú, doncella, en tanto,  
 jóven, hermosa, delicada, pura,  
 bañada estás en llanto,  
 ceñida de amargura,  
 marchito el cuerpo, el alma sin ventura;

Y abandonas la fiesta  
 la muchedumbre huyendo y la alegría;  
 y consumes la siesta,  
 y la noche, y el día,  
 en plañir y en vagar sola y sombría.

Por montes y colinas  
 discurre y por calles presurosa;  
 los pórticos, las ruinas,  
 la plaza populosa  
 recorres y la senda más medrosa.

Ya rauda como el viento  
 ni huella por do pasas breve dejas;  
 ya en tardo movimiento,  
 penoso cual tus quejas,  
 vienes y vas, te acercas y te alejas;

Y ora cuitada gimes  
 y nadie tu dolor calmar alcanza;  
 y ora el gemir reprimes,  
 y un rayo de esperanza  
 tus mejillas colora de bonanza;

Y ora miras la luna,  
 trasunto fiel y eterna compañera

del alma sin fortuna;  
y ora buscas la esfera  
donde, rey del placer, el sol impera....

Y huye y huye radiosa  
la luz del sol, y cruza mortecina  
la luna temblorosa  
su carrera argentina,  
y tu mal y tu llanto no declina.

¿A dónde vas, doncella,  
en igual grado hermosa y dolorida?  
¿por qué en tu faz tan bella  
pesar tan fiero anida,  
que imágen eres del dolor cumplida?

Recuerdo que ha tres días,  
la blanca aurora al descorrer sus tocas,  
muy otra discurrías  
á través de estas rocas,  
que hoy á llorar con tu gemir provocas.

Un anciano y un niño,  
robusto cedro y lirio delicado,  
radiantes de cariño  
venían á tu lado,  
de Salem hácia el templo venerado;

Y hoy tórtola que inmola  
crudo el dolor, al contemplar su nido  
robado, vagas sola.  
¿cayó tu hijo querido?  
¿cayó el anciano de la muerte herido?

No, no, rásgase el velo  
que á mi vista tu imágen encubria:  
este amor, este duelo,  
esta ansiedad sombría,  
esta voz, esta faz.... eres María.

María, madre, amante,  
hija á la vez y esposa del Eterno;  
del cielo sol radiante,  
espanto del infierno;  
consuelo de los hombres sempiterno.

María, la azucena  
del pueblo fiel. La rosa deshojada  
al soplo de la pena  
futura desvelada  
del Santo anciano por la diestra helada.

María, nazareno  
jazmin en campo libio trasplantado,  
que pliega el casto seno  
de lágrimas regado  
y alberga en él á su hijo idolatrado.

María, sí, María  
que ayer al templo madre venturosa  
con Jesus acudia;  
y hoy madre dolorosa,  
sin su Jesus, ni alienta, ni reposa,

Vanamente el anciano  
José recorre pálido, jadeante  
ciudad y monte y llano,  
vanamente incesante  
tres dias ha que te contemplo errante.

Jesus leo en tu frente,  
Jesus murmura tu angustiosa pena,  
Jesus tu voz doliente,  
Jesus los aires llena,  
Jesus el eco sin cesar resuena.

Las flores simplecillas  
abren su cáliz, para el dulce riego  
beber de tus mejillas;  
quiere el aura tu ruego,  
las estrellas tu luz, el sol tu fuego...

Y á su vez, Virgen pura,  
sol, estrellas y flor y tierra y cielo  
te ofrecen su ventura,  
y pretenden tu duelo  
al precio rescatar de su desvelo.

¿ Mas por qué, Madre mia,  
así te afanas y conduelas tanto?

¿no es Jesus tu alegría,  
de su Padre el encanto,  
y no es su Padre Dios tres veces Santo?

¿No es el Creador que viste  
de luz los cielos, de verdura el prado?  
¿que á las aves asiste  
de pluma, y con nevado  
ropaje deja el lirio engalanado?

El guiará con su rayo  
la senda de Jesus, los querubines  
revestirán de Mayo  
la tierra, y los confines  
hebreos de violetas y jazmines.

Los ángeles la palma  
de la mano abriran para que en ella,  
hermosa mar en calma,  
la planta pose bella  
y no resbale al estampar su huella.

Y las alas sonoras  
agitarán para arrullar el sueño  
en las nocturnas horas  
de su divino dueño,  
y le darán tu imágen por ensueño.....

Perdon perdon, Señora,  
no sólo engendra el maternal tormento  
que tu amargura llora,  
el largo apartamiento  
de Jesus, lumbre viva de contento:

Que en tu Jesus perdido  
mil de su grey ovejas anegadas  
en el mar del olvido  
contemplan tus miradas,  
por ellas ¡ay! de lágrimas preñadas.

Ovejas, Madre mia,  
que no son cual Jesus Verbo encarnado,  
iris que Dios envía,  
cordero inmaculado:  
hijas son de la muerte y del pecado.

Ovejas descarriadas,  
 por su querer para el redil perdidas,  
 de ti en vano llamadas,  
 de Jesus requeridas  
 y de los dos para su mal partidas.

Pero vuelve, Señora,  
 estos ojos de lágrimas undosos  
 al hijo que atesora  
 para tí los copiosos  
 raudales de su gracia portentosos;

Y en nombre de tu llanto,  
 de tu victoria en nombre y de tu pena,  
 con ese acento santo  
 que el rigor encadena  
 del mismo Dios, y su justicia enfrena,

Pídele, Madre mia,  
 pide que vuelva á su redil lavada  
 la muchedumbre impía:  
 y la tierra malvada  
 será por tí segunda vez salvada.

EL DUQUE DE ALMENARA ALTA.

---

## CRÓNICA Y VARIEDADES.

---

**Carta del P. Secchi, á los periódicos de Roma.** — « Por el periódico que V. me ha dirigido sé que en Monte Citorio se ha hablado mucho de mí, con mil diversos comentarios. Por lo visto, no basta que uno no se acuerde de nadie, se separe de este mundo, mirando á mundos lejanos, para encontrarse libre de la murmuración ó de la conversacion de las gentes. Hay quien le parte á uno por la mitad con sus ridículos elogios, como hay quien hace trizas mis escritos para decir que soy un necio y un impío; unos, poniéndome el incensario bajo la misma nariz, me aturden y me marean, y otros me arrastran por el fango.

» Contestar á todos sería locura; y locura tanto mayor, cuanto las opiniones de los unos combaten á las de los otros. Si hay quien dice que soy materialista y que se encuentra en mis escritos el ateísmo, á lo ménos en gérmen, otros me acusan de enaltecer la Teología, y me hacen

falsear la física por apoyar la Biblia, como lo hace, por ejemplo, el profesor Dal Pozzo, que ha escrito una obra en este sentido contra mí y contra mi libro de *La unidad de las fuerzas físicas*. Me echan otros en cara el prescindir de Dios en la naturaleza, y, en efecto, pueden creer que prescindiendo si se atienden á la traducción de mi libro hecha por un ruso, á quien ha parecido bien borrar en mi obra todo lo que en ella se refería á Dios y al alma. Pero en tanto, mi traductor alemán dirigiame plácemes por haber tenido la suerte de encontrar en mi libro demostrada la necesidad de la existencia de un Dios.

»Se me incomodan unos porque no he revelado todos los misterios de la naturaleza, y otros porque no sigo la física de Santo Tomás. A éstos, que al fin y al cabo son buenos amigos, he de decirles que la física desde Santo Tomás ha caminado un poco, y que si Santo Tomás viviese en estos tiempos, no hubiera adoptado la física que adoptó, sino que se hubiera atenido á la física que está en uso en las escuelas católicas, como lo hizo en su tiempo. En medio de este chubasco de contradicciones, sólo diré una cosa, y es que nuestra pobre Italia está sufriendo una grave enfermedad, que no la permite ver claramente la realidad de las cosas. Para mí la ciencia no ha llegado, ni llegará jamás, á prescindir de Dios; y mientras vea un mundo, será necesario también que vea á su Autor. Por lo demás, en materia de fe acojo humildemente las enseñanzas del Vicario de Jesucristo, como sigo en física las de la naturaleza y de la experiencia, que nunca vendrán á contradecir á las primeras.

»Los italianos están muy lejos de ser lo que fueron. La historia de nuestra ciencia física, cuando nosotros enseñábamos esa ciencia á todas las naciones, nos muestra que era esencialmente católica, y sería excusado que citara nombres. Podía entonces haber controversias personales, ó de disciplina, pero nunca entre los verdaderos sabios respecto de puntos dogmáticos; y digo los verdaderos sabios, porque no incluyo entre ellos algunas imaginaciones exaltadas, á las que hoy se quiere sacar del olvido en que yacían, en cuyas obras sólo se encuentra alguna verdad vulgar entre innumerables disparates, y que no han hecho adelantar un solo paso á la ciencia, debiéndose sólo la fama que hoy se les da, á sus ataques y cuestiones contra la Religión.—P. SECONI.»

**Un hecho digno de ser imitado.**—Un ciudadano español, cuyo nombre y residencia no es menester revelar, ha dado, en cada uno de los jueves del ya terminado año de 1876, treinta libras de pan, á otras tantas personas pobres, de la población en que vive. Este benéfico donativo representa una limosna de 23 rs. en cada semana (cuesta cada hogaza seis cuartos y medio en la localidad en que se reparte), ó sean 1.196 en los doce meses; de manera, que á cada uno corresponden unos cinco duros escasos.

El que ha practicado tan buena obra es un respetable y sexagenario padre de familia, con once hijos, y casi doble número de nietos, que tiene sus ojos muy débiles. Por este motivo, no pudiendo llevar su socorro personalmente al domicilio de los que le han recibido, dió comision á uno de sus sirvientes para que cuidase de poner en ejecucion lo antedicho, previniendo fuesen preferentemente elegidos todos los ciegos y ciegas; y en su defecto, los que por imposibilidad física tuviesen que mendigar.

En su consecuencia, para que participasen de igual manera ambos sexos de este oportuno favor, se buscaron en cada uno quince indigentes, y se acordó: que los que estuviesen más ágiles concurriesen de ocho á nueve de la mañana al local que les fué designado, y que los encargados de este servicio llevaran á la morada de los demas su limosna. Esta buena obra se inició en el día de los Reyes de 1876, y se continúa, gracias á Dios, en el nuevo año.

El repartidor y distribuidora de dicho pan han dado á sus operaciones con tierna solicitud el sello envidiable de sencilla piedad cristiana, que es tan propio y peculiar de las obras de caridad. ¡Ojala que en todos los pueblos y aldeas, y en los barrios todos de la córte y ciudades se extendiera y arraigase la influencia de este y otros nobles ejemplos que son el consuelo de los pobres y la delicia de la humanidad!

---

### LIBROS RECIBIDOS.

---

¿A dónde vamos á parar? por Monseñor Dupanloup.—Vertido al castellano, hemos recibido un folleto que con este título ha publicado Monseñor Dupanloup. Examina en él con el mayor detenimiento la influencia que han ejercido en las doctrinas religiosas y sociales de Francia el ateísmo, el materialismo y las escuelas radicales; y termina afirmando que en dicho país existe una vasta conspiracion que propende á la descristianizacion de la patria y á la reorganizacion democrática y social de la sociedad francesa. «Estamos, dice el ilustre Prelado, como en un día de combate; que cada cual se mantenga fiel á su divisa, y en su puesto: resistencia invencible á toda ley anti-social, así como á toda ley anti-cristiana.» El folleto está lleno de citas y observaciones atinadas y curiosas, y en el estilo resplandecen la sabiduría y vigoroso talento del ilustre Obispo de Orleans.

---

**Advertencia.**—Con el presente cuaderno se reparte el índice y cubierta del tomo X de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

---

*Director, C. M. PERIER.*

---

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO DÉCIMO

DE

## LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

(Décimo semestre: de 1.º de Octubre de 1876 á fin de Marzo de 1877.)

Cuadernos. Páginas.

### SECCION DOCTRINAL.

Los tiempos presentes, por D. Carlos Maria Perier. . . . .	145	3
Memoria contra las corridas de toros, por D. Antonio Guerola. . .	145	18
La Natividad de la Santísima Virgen Maria, por D. Manuel de Chaves. . . . .	145	46
La Agricultura en la época romana, por D. A. G. Maceira. . . . .	146	65
Obras del Sr. Alonso Martinez. Los derechos individuales y el Estado, por D. Agustin Soto. . . . .	146	70
Continuacion: La familia. . . . .	147	161
Conclusion: La propiedad. . . . .	152	455
El suicidio y la exposicion de niños, por D. Francisco Barado y Font. . . . .	146	95
Más civilizacion y menos toros, por D. Luciano Cid. . . . .	146	96
La agricultura de los árabes españoles, por D. Antonio Garcia Maceira. . . . .	147	129
Los sabios del día, por D. José Selgas. . . . .	148	193
Conclusion. . . . .	149	257
Cervantes como filósofo cristiano, por D. Mateo Benigno de Moraza. . . . .	148	201
La Fiesta de todos los Santos, por D. F. Pareja de Alarcon. . . . .	148	217
Errores modernos, por D. José Moreno Nieto. . . . .	149	266
Una polémica moderna y un escritor antiguo, por D. A. Menendez de la Pola. . . . .	150	321
Conclusion. . . . .	151	385
Pio IX, pintado por un diplomático protestante. . . . .	150	341
El refranero general español, por D. José Maria Sbarbi, Presbitero. . . . .	151	402
La plaza de toros, por Frates. . . . .	151	411
Documentos concernientes á la Asociacion de Caridad «La Constructora Benéfica». . . . .	152	449
Estado moral y social de la nacion, por D. Prudencio Sagaz. . . . .	152	481
Cuadros de la Naturaleza: hojas de un libro inédito, La Luna, Las aves, por D. Antonio Garcia Maceira. . . . .	153	513

El discurso del Sr. Alonso Martínez en la Academia de ciencias morales y políticas, por D. Agustín Soto. . . . .	153	522
Carta de un vivo conocido, en justa réplica á otra de un muerto desconocido, por D. José María Sbarbi. . . . .	153	528
Cajas de imposición. . . . .	153	532
Los gobernadores de las provincias, por D. Carlos María Perier. . . . .	154	577
Un carácter, por D. J. Mañé y Flaquer. . . . .	154	583
Don José Coll y Vehí, por D. J. Leopoldo Feu. . . . .	154	590
Sociedad protectora de los animales y las plantas, establecida en Cádiz, por D. Juan Vilanova. . . . .	154	593
Circular sobre establecimiento de Círculos católicos, por Fr. Zeferrino, obispo de Córdoba. . . . .	155	641
Estatutos de la Asociación de caridad, La Constructora Benéfica.— Reglamento-Memoria. . . . .	155	647
El Carnaval de Madrid, por D. C. M. Perier. . . . .	156	705
Consideraciones agronómicas, por D. Antonio García Maceira . . . . .	156	712
Memoria contra las corridas de toros, por D. Fernando Anton. . . . .	156	725

## SECCION HISTÓRICA.

Un mundo desconocido en la provincia de Extremadura (continuación), por D. Romualdo Martín Santibañez. . . . .	145	49
Continuación. . . . .	146	99
Continuación. . . . .	147	172
Continuación. . . . .	148	225
Conclusion. . . . .	149	295
Apuntes para la Historia de Cartagena, continuación. . . . .	146	116
Continuación. . . . .	150	369
Continuación. . . . .	151	424
Continuación. . . . .	153	539
Continuación. . . . .	154	605
Continuación. . . . .	155	686
Continuación. . . . .	156	749
Advertencia sobre el libro «Don Jaime el Conquistador.» por Don C. M. Perier. . . . .	150	349
Don Jaime el Conquistador (romance) por D. Miguel Amat y Maestre. . . . .	150	350
Entrada de Fernando V en Lorca, por D. Francisco Cánovas. . . . .	151	418
Cómo ahorcan los ingleses, por V. . . . .	152	487
Carta de Italia, por D. Manuel Pérez Villamil. . . . .	154	600
Errores históricos, por D. Francisco de Asis Aguilar. . . . .	155	673

## SECCION LITERARIA.

La Mallorquina. Canto épico, por D. Joaquín José Cervino. . . . .	153	547
A Mendez Nuñez (Canto), por el Aristarco. . . . .	154	619
A la Santidad de Pío IX, con motivo de la definición de los dogmas de «la Inmaculada Concepción de María Santísima» y «da infalibilidad pontificia» por D. Antonio María Godró. . . . .	155	689
El premio del sacrificio, por D. Juan Bautista Lázaro. . . . .	155	694
A la Virgen Santísima en su tercer dolor, por el Duque de Almenara Alta. . . . .	156	737

## CRÓNICA Y VARIEDADES.

Pensamientos escogidos, compilados por un católico.—Anuncio importante á los padres de familia. . . . .	145	62
¡Piedad! Por C. M. P.—Exposicion en favor de la Guardia civil.—Reforma de la música religiosa en Italia. . . . .	146	121
Peregrinacion de los españoles á Roma.—Sociedad protectora de los animales y las plantas, establecida en Cádiz.—Obra nueva.—Defensa comercial de Tarrasa.—La vuelta del Otoño.—Libros recibidos. . . . .	147	186
La romería española, por D. Juan B. Altés, presbitero.—Flores menudas.—Juana, por D. C. María Perier.—Inauguracion de las Conferencias agricolas en Salamanca, por D. Ramon Losada.—Indicador de las tempestades.—Nombres de colores de algunos mares y rios.—Rios de tinta.—Libros recibidos. . . . .	148	246
A la muerte de mi esposa, por D. R. T. Muñoz de Luna.—Expediente para beatificar á Cristóbal Colon.—Sesion inaugural de La Juventud Católica.—El Sr. Cardenal Barrio.—Libros recibidos, por D. C. M. Perier.—Nombres de las casas de campo.—Máximas de gramática parda.—Advertencia sobre La Hoja Popular. . . . .	149	310
A la memoria del Ilmo. Sr. D. Apolinar Serrano Díez, obispo que fué de la Habana, por D. Juan Ruiz Pino.—El telégrafo parlante, por D. Luis Gallardo Bastan.—El Dr. D. Francisco Salvá y el telégrafo eléctrico.—Libros recibidos, por Carlos M. Perier. . . . .	150	380
Perances de un escritor en visperas de Navidad, por C. M. P.—Una página de mi álbum de soldado, por D. Francisco Barado y Font.—Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia española, por F. C.—Conversiones en Lóndres.—Advertencia sobre La Hoja Popular. . . . .	151	437
El mejor aguinaldo, por Doña Micaela de Silva.—El Ilmo. Sr. Don Apolinar Serrano Díez, obispo que fué de la Habana, por Don Ramon María de Araiztegui.—Un libro importante, por D. Agustín de Soto.—Libros recibidos. . . . .	152	501
El Santuario de Covadonga, por D. Alejandro Pidal y Mon.—Diccionario de las metáforas y refranes de la lengua castellana, por D. José Musso y Fontes.—Extincion del gorgojo.—Periódicos de Madrid, rectificacion.—Advertencia sobre La Hoja Popular. . . . .	153	571
Decreto del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.—Angela y Paula, por Doña Aurora Lista de Mibart.—Un hecho agronómico, por D. A. Garcia Maceira.—Carta de Pio IX al baron de Haulleville.—Certámen histórico.—Libros recibidos. . . . .	154	626
La naturaleza y la civilizacion de la grandiosa isla de Cuba, por D. A. M.—Monumento colosal consagrado á los dogmas de la Inmaculada Concepcion é infalibilidad pontificia.—Circular de la Comision permanente del Consejo central de la Santa Infancia á los Consejos diocesanos.—Madrid caritativo y benéfico, por Don Antonio Guerola.—Mártir del deber.—Advertencia sobre La Hoja Popular. . . . .	155	695
Carta del P. Secchi, á los periódicos de Roma.—Un hecho digno de ser imitado.—Libros recibidos. . . . .	156	762

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

### EN LA HOJA POPULAR

#### APÉNDICE Á «LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD»

(que se imprime aparte y se da grátis.)

	Números.	Páginas.
<b>16 de Setiembre de 1876.</b>		
El fruto prohibido.—Cuento, por Doña Micaela de Silva. . . . .	46	1. <sup>a</sup>
Aurora, por D. Rafael Alvarez Sereix. . . . .	»	1. <sup>a</sup>
La mujer ántes y despues del cristianismo, por Doña Josefa Gales y Rodriguez. . . . .	»	2. <sup>a</sup>
Refranes, Adagios y locuciones proverbiales. . . . .	»	3. <sup>a</sup>
La dalia y la violeta, por D. Rafael Blasco. . . . .	»	4. <sup>a</sup>
<b>1.º de Noviembre de 1876.</b>		
Un recuerdo del dia de difuntos, por D. Edmundo Mac-Costello. . .	47	1. <sup>a</sup>
Pensamientos escogidos, compilados por un católico. . . . .	»	2. <sup>a</sup>
Cuento moral, por C. M. P. . . . .	»	3. <sup>a</sup>
Refranes, adagios y locuciones proverbiales. . . . .	»	4. <sup>a</sup>
<b>1.º de Diciembre de 1876.</b>		
La Natividad de la Santisima Virgen Maria, por D. Manuel de Chaves. . . . .	48	1. <sup>a</sup>
Flores menudas, Juana, por D. C. M. Perier. . . . .	»	2. <sup>a</sup>
Servidor y amigo, cuento moral, por Doña Micaela de Silva. . . . .	»	3. <sup>a</sup>
Refranes, adagios y locuciones proverbiales. . . . .	»	4. <sup>a</sup>
<b>1.º de Enero de 1877.</b>		
El mejor aguinaldo, por Doña Micaela de Silva. . . . .	49	1. <sup>a</sup>
Angela Paula. (Otras flores menudas), por Doña Aurora Lista de Mibat. . . . .	»	1. <sup>a</sup>
Refranes, adagios y locuciones proverbiales. . . . .	»	4. <sup>a</sup>
<b>1.º de Febrero de 1877.</b>		
Cuentos Morales.—El hijo desobediente.—Arte de hacerse amar.—Lo útil y lo agradable.—La viña. . . . .	50	1. <sup>a</sup>
Romances, adagios y locuciones proverbiales. . . . .	»	3. <sup>a</sup>
A la muerte de mi esposa, por R. T. Muñoz de Luna. . . . .	»	4. <sup>a</sup>
<b>1.º de Marzo de 1877.</b>		
Un hecho agronómico, por D. A. García Maceira. . . . .	51	1. <sup>a</sup>
Cuentos morales, por Doña Micaela de Silva. . . . .	»	2. <sup>a</sup>
Refranes, adagios y locuciones proverbiales. . . . .	»	3. <sup>a</sup>
La divina nave, por D. Angel Rosanes. . . . .	»	3. <sup>a</sup>







